

BIBLIOGRAFIA

LIBROS

JULIO SAAVEDRA MOLINA y ERWIN K. MAPES: Obras escogidas de Rubén Darío publicadas en Chile. Tomo I. Santiago de Chile, Universo, S. A., 1939. 408 pp.

Para dar principio al grato trabajo de escribir esta breve reseña, me permito copiar unas cuantas palabras de las que publicó el gran hispanista, E. Allison Peers, en su «Bullétin Of Spanish Studies: (vol. XVII, N.º 66, April 1940).

«When Rubén Darío, the herald of modernism in Spanish poetry, was only nineteen years of age, Don Juan Cañes, an American diplomat, advised him to make his home in Chile, which he represented to him as pre-eminently the land of freedom. . . . Darío did in fact spend enough time in Chile to become associated with that country: *Azul* alone, first published at Valparaíso in 1888 after many of the individual stories and poems had appeared in Santiago periodicals, would be sufficient to seal that connection. . . .»

Todo gran escritor corre el peligro de convertirse en personaje mitológico, si no se toma el trabajo de reunir datos acerca de su vida y obra, sistemática y científicamente antes de que desaparezcan. Aunque Rubén Darío apenas murió ayer, ya comienza a ser más mitológico que real. Así, cuando merece la atención de un estudio tan concienzudo como el que acaba de publicar la Universidad de Chile con editores tan eruditos y perspicaces como lo son los profesores Julio Saavedra Molina y Erwin K. Mapes, todos los verdaderos amigos del poeta nicaragüense debemos expresar nuestro profundo agradecimiento. De ahora en adelante, todo estudio de Rubén Darío tendrá que reconocer su deuda a esta publicación. Vendrán quizá, después otros tomos que realicen, con la obra de Darío publicada en otros países, lo mismo que éste ha hecho con la publicada en Chile. Leamos un párrafo sacado de este mismo Tomo I: (p. 6.)

«Una edición crítica de cualquier gran escritor es siempre útil; pero de Darío es más que eso: indispensable, por las circunstancias no comunes en que aparecieron sus obras, esparcidas en muchos países y editadas sin método ni cuidado. Añádase a eso que los años han vuelto ya escasas las primeras ediciones. En Chile, por ejemplo, son rarísimos los diarios y revistas en que se publicaron por vez primera las obras que hoy aparecen en edición crítica. Aun los libros de 1887 y 1888, han llegado a ser sumamente escasos. Y si eso ocurre aquí donde se imprimieron, se comprenderá fácilmente que en el extranjero hará ya muchos años que

desapareció hasta el recuerdo de los pocos ejemplares que en su tiempo allí llegasen de los diarios; revistas o libros **chilenos de Darío.**»

Entre los modernos no hay poeta más universal que Darío; pero su universalidad se debe a sus experiencias en Chile, en la Argentina, en Costa Rica, en España, etc. Algo se ha hecho, para darnos ediciones definitivas y críticas de las obras de Darío publicadas en otros países; pero hasta ahora no hemos visto nada que tenga los sólidos méritos de este tomo. ¡Ojalá que otras universidades, que cuentan con eminentes profesores, sigan el ejemplo de la Universidad de Chile, que siempre ha sabido contribuir espléndidamente a los adelantos de las letras y ciencias humanas!

Mucho se ha dicho acerca de la cooperación intelectual de profesores. Debemos alegrarnos siempre que veamos una evidente cooperación entre profesores, y más todavía cuando se trata de dos países tan distantes como las dos repúblicas de Chile y de los Estados Unidos de América.

Para el profesor, como erudito — y todos tenemos interés en este aspecto de nuestra profesión —, el texto, tal como Darío lo dejó o lo enmendó, será lo principal; pero no debemos, por eso, olvidar que los señores Saavedra Molina y Mapes han preparado también en este tomo una edición que puede servirnos en nuestras clases. Las notas que sobran para el erudito serán de gran utilidad para el estudiante de literatura ibero-americana, de nuestras universidades. Han agregado algunas notas para aclarar las referencias; otras, para explicar el metro, y otras para darnos informes sobre la época o el escenario que hicieron brotar el poema o el cuento. El trozo histórico, que nos refiere el incidente que le sirvió a Darío de tema para su «Canto épico», es un ejemplo — entre otros muchos — del trabajo que se han tomado los editores para hacer más completo su tomo conmemorativo.

Nos agrada la inclusión de dos de los prólogos más importantes que se ha escrito para «Azul»: el de Eduardo de la Barra y el de don Juan Valera. En esto, los editores han mostrado también su deseo de estudiar a fondo esta época de la vida del gran centroamericano.

Sabemos que el profesor don Julio Saavedra Molina, de la Universidad de Chile, y el profesor Erwin K. Mapes, de Iowa State University, tienen muchos otros datos sobre Rubén Darío y que otro profesor de la Universidad de Chile, don Raúl Silva Castro, está reuniendo informes, desde hace muchos años, para publicar algo acerca del gran poeta nicaragüense. Esperamos leer una gran parte de todo eso, en el tomo II de esta serie que debe publicarse dentro de poco. Mientras tanto, damos las gracias más expresivas a la Universidad de Chile y a los dos mencionados profesores, por su trabajo.—**James O. Swain**, University of Tennessee, Knoxville, Tennessee.

(De la Revista «Ibero-Americana». Universidad de Tulane, New Orleans, Estados Unidos. Vol. II, N.º 4. Nov. 1940.)

GONZALEZ BASTIAS: Del Venero La poesía antigua, cuerda, nat-
Nativo y GUZMAN CRUCHAGA: rradora, fácilmente emocionable,
Aventura. Poemas recientes. sólo se permitía la locura en las
horas, mejor dicho, los instantes
de pasión muy profunda o de éxtasis arrebatado, cuando, literalmente,

se pierden los sentidos; y aun entonces procedía cautelosa, elocuente, calculando con sabiduría el alcance de los brazos, la descompostura del cabello, el trágico fulgor de la mirada. En suma, le temía al ridículo.

Ahora no.

¿Cuándo empezó a extraviarsele la cabeza?

Remontando aguas arriba, por el curso castellano, ancho, límpido, se divisa, al bajar la edad clásica, un promontorio que forma torbellino. Hay debajo una roca: Góngora, el condenado. Después, como antes, el río se espacia y espejea en paz. Góngora fué de los que hacían decir al lector corriente lo que hoy repiten tantos, entre indignaciones o burlas: ¡No entiendo nada!

La que se llamaba entonces locura singular y hoy se considera poesía auténtica vino a España de Francia y nació allí, a mediados del último siglo, con un inspirado violento, Rimbaud, y un alquimista metódico, Mallarmé, antes de los cuales habría que nombrar a Baudelaire y, junto a ellos, a Verlaine, aunque estos son otra canción, que exigiría más explicaciones.

Esos cuatro despistaron por igual, no ya al simple lector de la calle, sino a maestros como Sainte-Beuve, primero, y Anatole France, después. Ni uno ni otro, aunque tales zahoríes, buzos y bonzos, adivinaron qué bombas de tiempo ocultaban las obras enigmáticas de los precursores. Sainte-Beuve juzgó ligera y superficialmente, no sin exactitud, porque el hombre, aun engañándose, era diestro, la poesía de Baudelaire, a quien antepuso figuras de cuarto orden, totalmente olvidadas. Anatole France, más explícito, cayó más pesadamente. El y Coppée rechazaron, en 1875, composiciones de Mallarmé y Verlaine mandadas al «Parnaso Contemporáneo». M. France dijo del segundo: «No, el autor es indigno y sus versos de lo peor que haya leído»; y del primero, «No, se reirían de nosotros». Cuanto a Baudelaire, lo lapidó en esta forma: «No, sería odioso».... Conviene advertir que Verlaine había enviado el célebre soneto de «Sagesse» titulado «Beauté des Femmes» y Mallarmé nada menos que «L'Après - Midi d'un Faune».

Hé aquí, para los que aun no entienden, lecciones de modestia. O de orgullo, si se prefiere.

Por la misma época, Manet recibía sus cuadros devueltos por un jurado artístico, competente en pintura.

El siglo XIX, ahí, se desgarró. La evolución da uno de esos saltos que, antes, también, se le prohibían a la Naturaleza.

Ha dado otros, hasta la fecha, bajo el azote científico, físico, químico, biológico, bajo el azote político y social, guerrero, comunista. ¡Cuántos golpes! Hasta la filosofía misma, hija del cerebro, renuncia al cerebro y lo pone respetuosamente a un lado, para volverse intuitiva o sea inspirada.

Así anda el mundo.

Sin embargo, no vamos a hablar de Pablo Neruda, Vicente Huidobro, Pablo de Rokha o los otros, sino de Jorge González Bastías y Juan Guzmán Cruchaga.

En aquéllos — y la cohorte subsiguiente, hasta los novísimos — el fenómeno resulta demasiado visible y, por decirlo así, grosero. En estos no pasa de una brisa suave y verdaderamente fresca.

González Bastías, nacido en 1879, autor de «Poemas de las Tierras Pobres» y «Misas de Primavera», tenía casi el privilegio del canto sencillo, de medio tono, penetrante por su naturalidad agreste y cordial. Contre-ras lo llamó, a su modo, «preste rústico y divino». El hombre vivía y vive aun lejos, en el campo, en un retiro hospitalario y es todo lo que en la amplitud de la palabra se considera bueno. Sin acritud, sin enemigos, ajeno a ambiciones de cualquiera especie.

Pues bien, a los sesenta, González Bastías acaba de publicar «Del Venero Nativo», (1), sus últimos poemas, y todas sus flores toman otro aspecto, ligera, sutilmente extraviado, un aire de novedad de lo más agradable. Parece más puro en el pensar, en el sentir, en el imaginar.

Alas de mariposa,
¿en qué momento el iris
se refugió en vosotras?
Violetas, azahares,
¿de dónde ese perfume
y esa miel de los cálices?

No teme cantar y contar; no rehúye el ritmo ni la rima. Conserva todo lo bueno. Únicamente le añade un no sé qué de fino y libre que está en la atmósfera. Una especie de alma cósmica, un panteísmo desprovisto de énfasis, casi doméstico.

Murmurio, murmurio del viento.
Hondo sentir del aire.
Pena que viene suspirando
y se detiene en los follajes;
Aliento de invisibles cosas
que me hieren con suave
toque; cansado aliento
que viene por un mar sin márgenes.....

Casi todas sus estrofas servirían para definirlo e insinuar la nueva juventud, el aroma depurado, la transparencia noble que, tocado por la corriente contemporánea, ha conseguido en la madurez el poeta rural de las brisas primaverales.

Juan Guzmán Cruchaga, nació diecisiete años después y tiene ahora cuarenta y cuatro; pero también se nota en él un cambio análogo. Acaba de enviarnos «Aventura», poemas, desde San Salvador (Centro América). La carrera consular y diplomática lo ha paseado por muy distintas regiones del planeta y es otro lejano, aunque no por reclusión sino por exclusión.

Versificaba muy bien, con maestría rara, y dió su nota máxima en una piecicita hoy clásica, aquella insuperable: «Alma, no me digas nada —

(1) Nascimento.

que para tu voz dormida — ya está mi puerta cerrada», cuyo eco resuena en todas las memorias y que merece el destino de la Serranilla o del soneto de Arvers.

Sus libros se titulaban «Junto al Brasero», 1914, «La Mirada Inmóvil», 1919, «El Maleficio de la Luna», 1922.

Ahora éste se llama «Aventura».

No una aventura peligrosa, nerudiana ni huidobresca, tal vez un poco garcí-lorqueña, con reminiscencias puramente castizas, áureas. En todo caso, aire nuevo, frescor actual. Y nada de retorcimientos.

La muerte está mirando,
rosa de maravilla.
Esconde el alma cuando brilla.

La más perfecta rosa
más cerca está del fin.
Ay plenitud dichosa del jardín.

Anotemos el «Ballet de la Hormiga Roja» que es un juguete perfecto, exquisito, el cuadro, la historia, la anécdota, en fin, de

«La Iguana», animalillo muerto
que conmueve al cazador
..... al ver la hierba fresca
y las menudas hojas de árbol
recién cortadas, en la lengua
del animal ensangrentado.

Y leamos, gustemos este soneto bruñado entre dos luces, entre dos aguas, entre dos sueños, con sus nobles reminiscencias de la buena edad:

A media agua del sueño y sin salida
hacia la superficie iluminada,
te llevaré; ya en calma — perseguida —
lejos del pensamiento y la mirada.

No ha de ceñirte luz descomedida,
ni ha de tocarte espina disfrazada,
ni flor de llanto, de fulgor vestida,
ni daño azul, ni cariñosa espada.

Te llevaré, dormida, en la corriente
de mi sueño y en él, serenamente,
te alejarás del sol y el aire amargo.

Y sueño abajo iremos, compañera,
hasta la claridad de la ribera
donde reposa el mar del sueño largo.

Romances, cuentos, canciones, todos diáfanos, revelan en Guzmán Cruchaga un movimiento tranquilo y seguro hacia más luz y más sol-

tura. Nadie pronunciará, al leerlos, el «no se entiende» irritado o burlón; pero muchos quedarán pensativos ante la semi-obscuridad de alguna idea: «ni daño azul», ¿daño azul? y todos sentirán la música de las palabras, el encantamiento de las imágenes inesperadas, la emoción que se insinúa y pasa, esquivándose.

Las ideas, las palabras, las imágenes facilitan el conocimiento del mundo y lo hacen habitable. Para eso existen: son construcciones y caminos. Pero también lo esterilizan y recubren. Una tierra toda sendas y edificios no produciría nada. Llega un momento en que la facilidad y la abundancia ahogan el pensamiento y la planta humana busca la tierra primitiva, pide aire libre, exige agua sin cañerías.

Entonces surgen los individuos y los tiempos renovadores.

Parecen locos y acaso necesitan cierta dosis de locura para destruir, tanto y tanto esperar de sus fuerzas constructoras. Se trata, nada menos de combatir la frase hecha, de matar el lugar común, de proscribir la idea convencional, el término fácil, usado, cómodo, de romper con todos los hábitos mentales y sentimentales y, en seguida, crear nombres nuevos, suscitar emociones inéditas, sugerir asociaciones desconocidas, sacar del caos un mundo joven, fresco, intacto.

Hércules sólo hizo la mitad en los establos mitológicos.

Por eso no hay que maldecir completamente a los revolucionarios. A menudo caen, víctimas de su obra redentora. También de su charlatanería. Cuidado con las imitaciones. Algunos mártires merecen el martirio.

Entre los auténticos y los que resisten, queda una zona amplia, despejada, donde llegan ciertos espíritus apacibles que, sin luchas ni violencias, cogen el fruto apenas maduro y disfrutan del trabajo realizado.

Son hombres felices.

González Bastías y Guzmán Cruchaga, medidos en la audacia, dosificados en la novedad. Nos parecen pertenecer a esa raza de privilegio. No han necesitado derramar sangre ajena ni propia; son como santos tranquilos de una religión benigna — (los tienen la estética y la ética) — en todo el fervor de su instalación reciente.

Alcanzan la salvación en virtud de no haber permanecido inertes y, porque, a la hora decisiva, supieron, con resolución, tomar la mejor parte.

Que no les será quitada.—**Alone.**

PROF. CHARLIN CORREA: **Tu- berculinoterapia.**

Hace pocos días que he terminado la lectura del libro del Prof. Charlín, y muy luego tomo la pluma para hacerle llegar el testimonio de mis felicitaciones y de mi complacencia por contar nuestra literatura médica con un aporte tan valioso como es el de su obra. Conocía muchos de los casos que figuran en el nutrido material clínico de este volumen, y ya había podido admirar los éxitos que un método terapéutico, ingenioso y científico, había logrado en enfermos largo tiempo agobiados por la evolución de desesperantes molestias. Lo que estimo más digno de destacarse en la tarea de Charlín, es su espíritu honrado, sagaz y profundo a la vez; es la captación de consecuencias que emanan de un hecho clínico que para muchos pudo pasar

inadvertido, pero que no escapó a su inquietud científica de búsqueda, de experimentación y de interpretación: es la continuidad y el tesón admirables con que siguió acumulando material en apoyo de su primera y brillante observación: la extensión a nuevos cuadros clínicos del procedimiento que ya había dado sus pruebas en algunos casos anteriores, en fin, todo eso que hace respetable y grande una labor médica.

¿Que hay diferencias de interpretación? ¡Eso no resta valor a los hechos acumulados por Charlín!

Unos hablamos de fenómenos alérgicos, de tratamiento de «desensibilización específica», y otros de afección tuberculosa, de toxemia, de escrofulosis, etc. Discurrimos por los senderos atrayentes, y, en veces, peligrosos de la teoría, pero allí están los enfermos mejorados, y los ya curados, que constituyen «evidencias».

¿Que hay fracasos? Ellos nos pueden mover a corroborar la posible especificidad de la tuberculina, que, a mi juicio, obraría como un «desensibilizante específico», y que, por lo tanto, estaría destinado a fracasar en los casos que escapan a este aspecto limitado, y que en cambio, pueden ser tratados por otros métodos terapéuticos.

Asimismo, dentro de las afecciones alérgicas, juega un rol, y no despreciable, la neurosis, como muy bien lo reconocen los autores americanos que han estudiado estos capítulos apasionantes, y pueden infiltrarse casos que nada tienen que ver con especificidad terapéutica, y que contribuirían a dar éxitos aparentes o fracasos definitivos.

He conversado largamente en Suiza, sobre los trabajos del Prof. Charlín, con ese hombre admirable que es René Burnand. Se ha manifestado hondamente impresionado y atraído por sus observaciones, más aun cuando ellas concuerdan con las publicaciones que él acaba de realizar sobre la «patraquerie» y el «estado bacilar crónico», que yo hice llegar a manos de Charlín al regresar de Europa, para darle la satisfacción de convencerse que en el corazón de Suiza, tan lejos de nosotros, un hombre absolutamente ignorante de sus investigaciones realizadas en Chile, observaba mucho de lo que él ha observado, y hablaba un lenguaje muy parecido al que ha usado entre nosotros cuando, devota y apasionadamente, nos ha relatado sus hallazgos y los hechos evidentes de sus tratamientos.

Revisando tratados antiguos y recientes, y para no enumerar sino los más modernos de entre ellos, encontramos las ideas de Cevey (de Lausane), de Neumann (de Viena) y de Lumière, (de Lyon), que coinciden con las expectativas del Prof. Charlín de poder obtener con la tuberculina, éxitos inesperados en terrenos que se escapaban a la interpretación de sus relaciones con la tuberculosis.

Como le digo, no deseo discurrir ahora en el campo inagotable de la teoría. La lectura de este libro deja una sensación de realismo innegable. Debemos seguir investigando, antes que discutiendo, para fundamentar lo hallado en este terreno; para establecer mejor las indicaciones y contraindicaciones de la tuberculina, para corroborar en los animales de laboratorio algunos puntos oscuros, y para encontrar las «verdades» de donde parten también los «hechos verdaderos» que una observación paciente y honrada, impregnada también de genialidad, ha reunido en tan alto número.—**Dr. Héctor Orrego Puelma**, Prof. de Tisiología.

CARLOS RENE CORREA: Poemas.

Líricos antiguos y modernos, orientales y occidentales, ya sean de propósito o meramente por buscar imágenes, han hincado su atención en las cosas que nos rodean para librar en ellas — abejas en las fibras — el recuerdo, la emoción o el símbolo.

Desde Pan Tchao en la vieja China hasta Tagore en la India moderna, desde San Francisco de Asís que eleva su «Cántico al hermano Sol» hasta Baudelaire que arrastra su inspiración para ennoblecer «Las Flores del Mal», qué diversidad de matices y de gradaciones de temperamentos poéticos nos podría señalar un crítico avezado en Psicología y en Patología.

No hace cinco años, el escritor y poeta italiano Antonino Anile nos remitía un volumen de casi quinientas páginas nada más que sobre la «Bellezza e Verità delle Cose». Eran prosas eruditas y poéticas divididas en seis capítulos, en las que el autor discurría sobre todos los elementos del universo con acentos de maestro, de creyente y de poeta.

Entre nosotros no está muy lejos el «Imaginero de la Infancia» de Lautaro García, cuentos y evocaciones recogidos por el recuerdo en esa zona imprecisa en que, al decir del autor, no sabemos «dónde termina la realidad y principia el ensueño cuando volvemos el rostro hacia la infancia lejana». Eran cuentos en que la emoción del recuerdo se ofrecía sazónada con la sal criolla. El libro fué premiado y obtuvo franco éxito.

Carlos René Correa siguió luego por esa misma zona explorada por Lautaro García, pero con más humildad y timidez, ha verificado su vendimia de alegrías lejanas y, con acento de confianza, nos ha entregado su «Significación de las Cosas», brevario pequeño, leve y perfumado de rosas como un pañuelito de mujer: el pañuelo de las despedidas y de las lágrimas dulces. También el éxito lo ha agitado al viento.

El más sorprendido por el triunfo de este breve volumen es el mismo autor. Con su modestia de muchacho bueno nos ha dicho:

—No sabe Ud. cómo lo han comentado en los corrillos de literatos buscándole cinco pies al gato.

Y es que el poeta no sabe que con estas prosas poéticas tan sobrias y simples ha tocado una fibra simpática del corazón sensible: la añoranza de los días remotos. Es el privilegio de los poemas retrospectivos. Ellos tienen de suyo un hechizo singular que hace que el lector, por asociación de ideas, recuerde también sus días felices — que son pocos — y no extraiga del olvido sus días amargos — que son muchos. El caudal del tiempo, como el de los ríos, va lavando y suavizando las guijas, se lleva las asperezas y deja las arenas y las piedrecitas pulidas y hermosas. De ahí la verdad de la copla de Manrique:

«Como a nuestro parecer
cualquiera tiempo pasado
fué mejor.»

Paréceme oportuno recordar el bello símil de Hans Larsson en la introducción de su «Lógica de la Poesía»: «Pienso que el olvido — en sentido intuitivo — es como la arena movediza. Luchamos contra él

como el matorral de las dunas. Las arenas del olvido se amontonan donde pueden sobre nuestros recuerdos, y la brizna de hierba que hasta ayer estaba tan verde y tan fresca, hoy ya tiene en su tallo un grano de olvido.»

Correa ha tenido la estrategia del tiempo para defenderse contra las dunas que sepultan los recuerdos. Los veinticinco años constituyen una buena meseta en la ascensión del vivir: desde allí todavía se sienten los aires de la edad feliz, aunque ya haya pasado por sus «Camino en soledad»; desde la adolescencia a la juventud los vientos de la hiperestesia lírica con sus «Romances de agua y de luz» han estado soplando esas arenas grises y de ahí es que, con mayor ventaja que otros, conserva el verdor y la frescura del árbol de sus recuerdos. «Significación de las cosas» levanta el hito que le señala ya la senda familiar, el hogar nuevo en donde ya adivina las gemas de los retoños: el poeta ha dedicado a su esposa este pañuelito leve y perfumado que le dejó su infancia, en donde — según Luis Durand — «Correa ha dejado lo más puro de su producción poética».

Este volumen del poeta contiene un prólogo, nueve poemas en prosa, en su mayoría de índole evocativa, y cuatro romances franciscanos.

Las páginas del prólogo revelan la percepción reflexiva del autor, es decir su imaginación y su mente puestas en actividad paralela: son profundas, elegantes sin dejar de ser sencillas. «Buscamos las cosas para sentirnos en fraternal ambiente de purificación y de dulzura (no es otra cosa la meditación poética, anotamos nosotros). Ellas son en la vida camino, motivo y término de viaje; tienen gestos amables y encienden estrellas que sólo apaga la muerte.»

Baudelaire en su soneto «Correspondances» tiene afirmaciones semejantes, pero con vistas a la simbología poética; por algo ciertos críticos franceses señalan este soneto como la fuente inicial de la corriente simbolista. Dice el poeta francés:

«El universo es templo de vivientes pilares,
a los que el aire arranca misteriosos nombres,
y es un bosque de símbolos que cuando andan los hombres,
dejan caer sobre ellos miradas familiares.»

Correa se ve maravillado y atraído por las cosas pequeñas, no por lo que simbolicen — eso sería ya más complejo y refinado — sino por lo que son en sí mismas. «Las desea el corazón — dice — por su belleza, su simplicidad, su actitud fraternal.» Se acerca a las huellas que dejara el Santo de Asís, quien, según el poeta, «mientras más pequeñas las amaba más y las bendecía con la cruz de rosas de sus manos angélicas».

Estas páginas del prólogo son páginas antológicas, tal vez las más hermosas del volumen, y seguramente las más profundas.

Las prosas poéticas que le siguen manifiestan la percepción intuitiva del poeta, vale decir, la simple contemplación serena, libre de esfuerzo: el solaz poético. Ante las cosas pequeñas que el mismo autor miraba cuando niño con la despreocupación de lo rutinario, ahora descubre detalles y circunstancias amables y elocuentes porque las contempla a través del cristal de su sensibilidad poética y le despiertan correlaciones íntimas que llenan ahora su ausencia con un delicado contenido poemático.

Seguramente que, de niño, habría podido escribir el retrato de su abuelo con las mismas palabras con que lo hace ahora: «El abuelo tenía bigotes amarillos, barba bicicenta y fumaba cigarros de hoja.» Pero no lo que agrega en seguida: «Su paso era tan arrastrado como el humo de los rastrojos. . . .» Es que ahora su intuición ha descubierto la correlación poética de ese paso arrastrado con ese humo perezoso y bajo de los rastrojos y ha surgido la imagen que inunda de luz los trazos simples del retrato.

El libro termina con cuatro romances breves de motivos franciscanos; natural coronación tenía que ser esta loa a lo divino del Hermano de todas las cosas.

Carlos René Correa ejerce el oficio de crítico en «El Diario Ilustrado», y por este motivo, como también por ser un constante lector de versos ha asimilado en el subconsciente algunos símbolos y metáforas con gran provecho. En este libro de evocaciones líricas se deslizan, sin embargo, muy a la vista otras evocaciones o reminiscencias de lecturas que nos dan la impresión de no ser ésta la primera vez que leemos esos pensamientos. Cito por ejemplo, estas imágenes:

«**Toda mi vida se iba en el humo negro que tiznaba la tarde.**» (Lo pequeño en mí).

«**En la noche rayada de lluvia,** se deshacen los paraguas de las nubes.» (Imágenes y Resonancias.)

«**Cuando abro los brazos, soy un árbol plantado en tierra sin agua.**» (De la Aldea y del Amor.)

Son indudablemente reminiscencias que el subconsciente le ha llevado a la pluma agazapándolas en los párrafos que el joven autor escribía con premura.

Este libro evocador de Carlos René Correa tiene el inefable encanto de la sencillez, de la verdad, de la diafanidad de su lenguaje: ¡como cristalino de una rica esencia cuyo perfume transporta nuestros sentidos y nuestra alma! «Las cosas pequeñas nos vuelven a tiempos de infancia», nos dice el poeta. Y él bien sabe la sentencia del Maestro, que «quién no se hiciere como niño, no entrará en el reino de los cielos».—**Francisco Donoso G.**

EL TOMO 13.º DE LA OBRA DE DON LUIS CLARO SOLAR.

A una edad, que generalmente no sirve a los sobrevivientes sino para fastidiar a deudos y amigos, continúa el sabio y respetado juriconsulto don Luis Claro Solar, la publicación de sus «Explicaciones de Derecho Civil Chileno Comparado», y los talleres de la Imprenta Nascimento han entregado a jueces, abogados y estudiantes el tomo décimo tercero sobre la sucesión por causa de muerte, y comprende el estudio de los Artículos 951 hasta el 1,010, o sea, la primera parte del libro III, destinada a las definiciones y reglas generales, a la sucesión intestada y al comienzo del título sobre ordenación del testamento.

Si se considera que el nuevo volumen de casi quinientas páginas, se refiere a los primeros 59 artículos del libro tercero del Código, y que éste llega hasta el Art. 1436, puede calcularse que el examen total de esta ma-

teria representará seguramente un *mínimum* de dos o tres volúmenes que destinará al estudio de los preceptos sobre diferentes formas de testamentos y diversa naturaleza de las asignaciones, a título universal o singular, asignaciones forzosas, como las alimenticias que se deben a ciertas personas, la porción conyugal, las legítimas, y mejoras, los desheredamientos, y a otras materias de tanta importancia como la apertura de la sucesión, el beneficio de inventario, los albaceazgos, particiones, etc.

Es posible — y ojalá no fuese mera ilusión — que don Luis tenga ya escritos todos los materiales de investigación, comparación y análisis que exige una obra de tanto aliento, y de una dificultad que solamente pueden apreciar los juristas, profesores y, en general, los abogados. El desempeño de la asignatura de Derecho Civil en la Universidad de Chile, durante muchos años, le permitió probablemente la acumulación ordenada, metódica y paciente de esos materiales, y ello permitió abrigar la creencia de que podrá perseverar en una labor que, por la forma en que viene haciéndola, constituye, más que un merecimiento individual extraordinario, un orgullo legítimo para Chile y los chilenos.

Hace pocos días, tuve la suerte de encontrarle en la calle Morandé, cerca de «El Mercurio», a mediodía, y hube de felicitarle, tanto por la aparición del tomo 13.º de su obra monumental, como por verle encaminado a su estudio, a corta distancia, dispuesto a seguir trabajando positivamente en algún asunto profesional.

«No le he enviado todavía el tomo, porque he debido reimprimir las últimas páginas del índice, donde había unos errores de numeración» — tuvo la bondad de decirme, mientras yo seguía cumplimentándole por su envidiable longevidad, que es todo un ejemplo para innumerables personas que, con veinte o treinta años menos que don Luis, se sienten decrépitos, o en vísperas de resignarse al pijama de madera.

Es verdaderamente admirable su laboriosidad, mientras se columpia entre los 83 y 84 años que cumplirá a comienzos del próximo. Escribe personalmente sus comentarios, y con una letra que parece de hombre joven, reveladora de un pulso firme y normal. El ordena sus notas, revisa por sí mismo las obras, principalmente extranjeras, que pueden utilizarse para comprobar las teorías u opiniones, tratándose de esclarecer la genuina interpretación de cualquier precepto del Código; su dominio, completo de los idiomas, sin exceptuar el latín, le facilita la exposición de cada materia en tal forma que parece imposible ir más allá. Su memoria privilegiada le capacita para colacionar, en el instante preciso, los fallos de la Corte Suprema, reunidos en la Revista de «Derecho y Jurisprudencia», que pueden arrojar luz en controversias acerca del alcance de tal o cual artículo.

Antes de comenzar la lectura ordenada del tomo 13.º me impuse del capítulo que empieza en la página 181 con esta pregunta: «La sucesión, ¿es de derecho natural o de derecho civil?», interrogación formidable que mira nada menos que al problema tan debatido de saber si cada individuo tiene o no derecho a disponer de sus bienes por acto testamentario, o sea, por disposiciones de última voluntad.

Los jurisconsultos franceses que en siglos pasados desbastaban a Napoleón de su natural rudeza jurídica, le convencieron de que el derecho de sucesión era obra exclusiva del legislador. Entendían que era la ley,

en buenas cuentas, el fundamento de este derecho a testar, a disponer de los bienes en favor de parientes o extraños, cuando el que fué dueño de la fortuna, desapareció ya del mundo de los vivos.

Después de colacionar las doctrinas de Portalis, Montesquieu, Domat, Treilhard, Laurent, Planiol, etc., llega don Luis a estas conclusiones que reproducimos porque en estos tiempos tienen todos los caracteres de una lección de vibrante oportunidad:

«El derecho de sucesión hereditaria o la facultad de disposición de los bienes, por causa de muerte, es una consecuencia tan necesaria del derecho de propiedad, que constituye uno de sus principales elementos como base del ahorro que lleva al hombre a economizar para los últimos días de su existencia y en previsión de las enfermedades e incapacidades para el trabajo, así como para asegurar el porvenir de sus hijos. Si el hombre no tuviera la seguridad de poder disponer, al morir, de los bienes que ha acumulado con sus esfuerzos, desaparecería todo estímulo de ahorro: viviría al día y el progreso social y económico de la nación sería imposible. Hay, pues, un principio superior a las leyes positivas que reconoce a los individuos el derecho de disponer de sus bienes por causa de muerte, y que lleva a la ley a interpretar su voluntad cuando ella no ha sido manifestada expresamente.»

Como se sabe, aun en la Rusia soviética se ha reaccionado legislativamente, admitiéndose el derecho sucesorio.

Por lo que toca a las naciones llamadas capitalistas, la justificación teórica de este derecho se halla gravemente lesionada con los fuertes impuestos que gravan las herencias, legados y donaciones, todo lo cual, en la realidad de los hechos, suele tomar formas de efectiva confiscación.—
G. G. N.

ROBERTO MEZA FUENTES: De Díaz Mirón a Rubén Darío, (Nacimiento).

Histórica o fabulada, nadie quitará al repertorio de las anécdotas significativas aquellas escenas del joven poeta que, ha medio

siglo, llegó solo, una noche, a Santiago y descendió en la Estación de los Ferrocarriles.

Allí le aguardaba un magnate.

Alguien, sin duda el Destino, había anunciado al Rey Burgués el arribo de un personaje considerable por el tren de Valparaíso. Ocurren así providenciales equivocaciones. El Rey había acudido, en carruaje de lujo, forrado de pieles, fumando un habano. Y se paseaba, inmenso, por los andenes.

La gente salía apresurada.

Al fin no quedaron sino ellos. Tuvieron que hablarse. Darío lo ha contado con fantasía en sus Memorias y nosotros podemos imaginar el diálogo del judío rico y el judío pobre, como en los «Cuadros de una Exposición»: a la voz alta, imperiosa y robusta; resonante bajo el techo de cristales, un acento delgado responde, sumiso, tímido, de súplica. El poeta, feo, tropical y mal vestido, sujeta su equipaje de vagabundo. El Rey le mira de alto abajo.

—Le había reservado una pieza en el Hotel. No le conviene.

Evidentemente, no le convenía aquella pieza en ese Hotel.

Pero transcurren cincuenta años.

El magnate suntuoso y ostentoso, el Rey Burgués del habano y las pieles, ha mucho tiempo que marchó, al trote de sus caballos, rumbo a una región imperceptible y se ha perdido como el humo en el aire. Se duda hasta de su nombre: sólo existe por lo que dijo aquella noche en la Estación. Mientras el pobre muchachito encogido, creciendo y estirándose, trepando de escalón en escalón, ha llegado a alturas tales de vértigo de gloria, que ya ningún ojo, aunque ciego, podría menos de admirarle y oído alguno, aunque sordo, dejaría de oír el coro continuo con que le rodean las alabanzas.

Ahora tampoco le convendría aquel Hotel ni aquella pieza. . . .

Trásmutóse del todo el carbón en diamante purísimo, foco de luz, y del gusano primero ha surgido, total, radiante, aérea, la mariposa inmortal.

Chile tenía, pues, una deuda con Rubén Darío. Y está pagándola.

Los estudios sucesivos que autores nuestros le han dedicado forman un respetable conjunto de volúmenes.

Empezó Armando Donoso, el año 27, con las «Obras de Juventud» del maestro, mirado ya como maestro. Después vino la biografía panorámica, todavía interesante, que Francisco Contreras editó en París y que se ha reimpresso, últimamente, en Santiago. El libro de Torres Rioseco, hecho en Estados Unidos, ha llegado a pocas manos en estas tierras por razones de pesos. Un erudito exacto, concienzudo, minucioso, Raúl Silva Castro, y un técnico paciente, sujeto a rigurosa disciplina, el profesor Saavedra, han comparado textos, han hecho análisis químicos, han descubierto páginas inéditas, detalles curiosos y preciosos. Sin contar innumerables homenajes, artículos, reminiscencias y semblanzas fragmentarias, como la notabilísima, tan gráfica, tan evocadora, de Rodríguez Mendoza, capítulo de uno de sus libros, tenemos hoy el curso dado en la Universidad de Chile por Roberto Meza Fuentes sobre la «Evolución de la Poesía Hispanoamericana» que acaba de aparecer bajo el título «De Díaz Mirón a Rubén Darío».

Este marca, como si dijéramos, la plenitud de los tiempos para la gloria de Darío.

Pasan a segundo término los datos biográficos, las anécdotas personales, apenas se alude a discusiones y defensas y se deja atrás la batalla entre clásicos y modernistas, cuya polvareda recordamos.

Roberto Meza, el más joven y reciente comentarista de Darío, va derecho a la emoción trascendental del poeta y se detiene en su mensaje a la raza: su crítica sube con facilidad al cántico y sólo topa en el éxtasis.

Admira al poeta aun más de lo que el poeta mismo se admiraba.

En un estudio que hizo época, José Enrique Rodó había declarado que Rubén Darío, con toda su excelsitud y sus cualidades absolutamente maravillosas, no podía considerarse el poeta de América. Rubén no le contradijo. Por el contrario, en Abril de 1899 dice a don Miguel de Unamuno: «Le confesaré, desde luego, que no me creo escritor americano. Mejor que yo ha desarrollado el asunto el señor Rodó, profesor de la Uni-

versidad de Montevideo. . . . Mucho menos soy, castellano. ¡Más bien pienso en francés! O mejor, pienso ideográficamente: de ahí que mi obra no sea castiza».

Puede observarse aquí la diferencia del tono en que el poeta habla de su personalidad y su obra y el ditirambo ensordecedor a que nos tienen ¡ay! demasiado habituados otros grandes hombres del Nuevo Mundo presentes y pretéritos.

Ello sólo permitiría afirmar que Francia había pasado por allí, profundamente.

Pero escrito está que «el que se humilla será ensalzado» y Roberto Meza se encarga de realizar esa sentencia.

Lo admirable es que lo hace de un modo concluyente.

La renovación modernista que concretó al maestro nicaragüense vino, ciertamente, de París. Lo atestiguan sus predecesores.

Los dos mexicanos: Díaz Mirón y Gutiérrez Nájera, los hijos de Cuba, Martí, Casal, el colombiano Asunción Silva, cada cual con su matiz y entonación distinta, forman en el libro de Meza Fuentes un coro que preludia, insinuante, el alba próxima y el estallido total de la orquesta, madura, segura; y el surgir de la canción definitiva «con Hugo fuerte, con Verlaine ambigua». Lo que allí había de novedad no procede ciertamente, de España, largo tiempo hipnotizada por el sonsonete ritual, llamado clásico.

Es otro punto en el cual se rebela y se revela nuestro autor.

Se presentaba a Darío, en aquellos tiempos, como el antípoda del clasicismo, definiéndose este último en la rutina consagrada para uso de las clases; norma inflexible, tradicional desde el siglo de oro, que justamente debía romperse para hallar aire libre.

La eterna querrela de las generaciones.

Meza Fuentes amplía ese molde, lo vacía, torna a llenarlo. Dice: «El clásico siente la armonía de los contrarios; trata de realizar en sí mismo la unidad que busca el filósofo en las cosas dispersas; quiere alcanzar la perfección suprema iluminando el caos con una ordenación que significa disciplina; amor a la norma, respeto a la jerarquía. El clásico aspira a ser eterno; pero para ello comienza por interpretar a su tiempo; pretende ser universal y, para alcanzarlo, es primero hijo auténtico de su tierra; quiere expresar lo profundo e inefable y lo logra cuando la claridad, sencilla y humilde, resplandece en su expresión. El clásico viene a acrecentar el tesoro de la tradición, viene a enriquecer el espíritu de una raza, ensanchándolo con una mayor universalidad y estremeciéndolo con una más cordial palpitation humana.»

Entre las incontables fórmulas aplicadas al espíritu clásico, ésta nos parece una de las buenas.

Tarde o temprano, quiéralo o no, el autor grande ha de caber ahí.

Meza Fuentes la ha hecho a la medida de Darío, teniéndolo delante de los ojos y bastaría desplegar ese ovillo para que todo el hilo de su obra poética pasara a nuestra vista.

Antiguo y moderno, pagano y cristiano, atormentado por la carne y el espíritu, Darío, como Verlaine, sufrió el drama renacentista del hombre «roto por dentro» que oscila y no se conforma, juguete del cielo y de la tierra, llevado hacia «la vida que tienta con sus frescos racimos», lleno de

terror ante «la muerte que aguarda con sus fúnebres ramos»..... sin saber, el filósofo, «adonde vamos, ni de dónde venimos».

Eso cuanto al fondo.

Hacia la superficie, hay que ordenar el caos y establecer las jerarquías. Los muertos permanecían de pie, los valores caducos primaban todavía: era el caos. Había que empujar todo eso a la sepultura y revolucionar el orbe poético, lingüístico, mental, sentimental. El futuro clásico desempeñaba un papel romántico; pero, transitoriamente, mientras el oído se adaptaba, mientras aparecía el orden nuevo, mientras la parcela del presente, interpretada de otro modo, en otro estilo, se convertía en forma eterna.

Lapso oscuro, revuelto. Llegada del huésped desconocido a la Estación. Anuncios, adivinaciones parciales y lucha encarnizada contra el mundo sobreviviente. Todo lo que ahora mismo estamos viendo cerrado ya el círculo modernista.

Hasta que se conquista la claridad, la sencillez humilde y resplandeciente.

¿Cómo?

No porque el poeta haya cambiado. Ahí están sus primeros y sus últimos libros, coherentes, armónicos en su progresión vegetativa. Porque ha cambiado el público y los que no entendían ni aceptaban, comprenden y se han sometido. Lección de modestia y desconfianza que nunca debiera olvidarse. Llega un instante en que el viajero incógnito se quita el disfraz y entonces todos le reconocen, le declaran sencillo, claro. Clásico.

¿A cuál de los de ahora le tocará mañana?

Así el clasicismo, que podríamos llamar los clasicismos sucesivos, acrecientan el tesoro humano, amplían la tradición, enriquecen y ensanchan el espíritu universal.

Tal fué el significado del movimiento que cristalizó en Darío.

El mismo agente del Destino, desconoció su alcance. No se creía — por lo menos en 1899 — un representante de la raza y se buscaba otras raíces. Meza Fuentes, sin vacilar, lo consagra hijo de América y España, supremo cantor del idioma y le entrega la totalidad del símbolo soberano que ha de permitir la unión ideal del Nuevo y el Viejo Mundo.

He ahí su papel.

Al designárselo, con entusiasmo y sabiduría, con pruebas, análisis, comentarios y una exposición de versos que forma admirable antología, la mejor que conocamos del poeta, pues cada composición se valoriza por lo que sigue y la precede, Roberto Meza Fuentes ha contribuido a saldar la deuda de las letras nacionales con el fundador del Modernismo.

Esta deuda, ¿puede enrostrársenos como una humillación?

Reflexionemos un poco.

Darío llegó a Chile en uno de los «momentos estelares» de nuestra historia. No existía aún, puede afirmarse, literatura literaria, poesía poética, crítica de arte, «sentimental, sensible, sensitiva». Habíamos ganado una guerra y disfrutábamos las riquezas de la victoria. Nos enorgullecía la tradición legal, constitucional, inquebrantable, en una

América medio caótica. Los que ahora forman el mundo intelectual aun no habían despertado. Y el adolescente de Nicaragua venía tan disfrazado, exteriormente. . . .

Sin embargo, hubo quienes le adivinaron. Pedrito Balmaceda, hijo del presidente, le llevó a su casa, le sentó a su mesa, en Palacio, le hizo respirar la atmósfera que el pobre mozo anhelaba con sed de peregrino y de huérfano. Le dió todos sus puntos de partida hacia el futuro. Don Eduardo de la Barra se lo pronosticó en términos que don Juan Valera repetiría, magnificados, desde España.

Es bastante.

No obtuvo aquí riquezas ni honores. Vivió de párrafos en los diarios, de pesar cosas oscuras en la Aduana del Puerto, de nada. Pero es posible preguntar si habría hallado mucho más en otras partes, si no hubiera encontrado algo peor. Pensemos que tenía sólo diecinueve años, y era feo, huraño, con cara de indígena. Hay que verlo en esa página al agua fuerte de Rodríguez Mendoza. Pocas veces se ha presentado más enigmático el «huésped desconocido» a plantear ante su tiempo el dilema de siempre. «Celui - qui ne comprend pas», el personaje de Gourmont, puede alegar excusas.—Alone.

DOMINGO AMUNATEGUI SOLAR: Estudios Históricos.

La última publicación de don Domingo Amunátegui Solar, «Estudios Históricos», se compone de un ensayo sobre «La propiedad agrícola en la zona central de Chile» y de varios artículos sobre diversos personajes de la vida colonial y del período independiente. Los más extensos se relacionan con don José Perfecto de Salas y don Estanislao de Recabarren, y los más breves con don Andrés Bello y don José Toribio Medina. Conviene recordar a los interesados en la historia literaria de Chile que por estos mismos días don Aniceto Almeyda ha escrito en el último número de la «Revista Chilena de Historia y Geografía» un interesante estudio sobre Salas. En este trabajo, que se titula «La Glosa de Salas», se atribuye, con plausibles argumentos, a don José Perfecto la paternidad de aportaciones importantes a la interpretación y codificación de las Leyes de Indias. El señor Amunátegui Solar, sin insistir demasiado en los argumentos que maneja con aguda perspicacia el señor Almeyda, llega a las mismas conclusiones.

Lo que más importa en el nuevo volumen del señor Amunátegui Solar es, como se comprenderá fácilmente, el estudio más extenso con que se le da comienzo, esto es, el ya mencionado ensayo sobre «La propiedad agrícola en la zona central de Chile». Los lectores que conozcan las obras anteriores del autor sobre el mismo tema, y especialmente la que versa sobre las encomiendas, creerán a primera vista que el señor Amunátegui se ha limitado ahora a resumir lo que allí trató con la extensión debida a tan interesante tema. Y no es eso. Se trata de un estudio nuevo, tanto por las observaciones de actualidad que se le han incorporado, como por el espíritu que sin duda guió al autor al escribirlo.

De las primeras sería prolijo tratar. Los lectores del señor Amunátegui saben que este historiador no pierde la oportunidad de añadir informaciones nuevas a sus trabajos históricos, y que, carente de todo amor

propio, no vacila en rectificarse si antecedentes para él desconocidos le aconsejan dar nueva orientación a sus inferencias. Lo que más nos interesa tocar es, pues, lo pertinente al propósito que guió la mano del señor Amunátegui al redactar sus trabajos.

El autor examina en su obra cómo se formó la propiedad agrícola chilena, quiénes fueron los primeros habitantes galardonados con encomiendas y qué vínculos de mayorazgo se establecieron sobre determinadas fracciones del territorio nacional. De allí se desprende que la propiedad raíz encomendada no abarcó sino la parte central de Chile, más o menos entre los paralelos 27 y 36 de latitud sur, y que el resto del territorio ha sido constituido como propiedad en otras formas y, desde luego, no a partir del siglo XVI, sino en períodos muy posteriores de la historia. Se desprende también que por el carácter transitorio de las encomiendas y por la circunstancia de que las divisiones hereditarias se hacían conforme a los derechos de todos los hijos y demás herederos, la propiedad agrícola cambió frecuentemente de manos y se subdividió con una rapidez poco común, sin que posteriormente se haya retardado el ritmo de estos cambios y subdivisiones, sino tal vez acelerado. Se desprende igualmente que los vínculos, que se comenzaron a hacer en 1693, no han sido un obstáculo positivo para la subdivisión, ya que se cuentan en muy corto número. El autor, en efecto, no señala en su prolijo escrutinio (págs. 41 y sigtes.) sino 18 propiedades amayorzadas.

Otros factores para ayudar a la subdivisión de las tierras fueron, en el siglo XVIII, la subasta de las haciendas de la Compañía de Jesús, a las cuales se refiere el autor en las páginas 66 y siguientes de su estudio, y en períodos más recientes, los progresos generales de la nación que crearon un comercio de propiedades que, salvo tropiezos ocasionales, no ha dejado de crecer hasta nuestros días. En este último aspecto el autor cita la construcción de nuevas vías de comunicación, la de canales de riego, la introducción de maquinarias para acelerar el trabajo agrícola y para ahorrar el empleo de brazos, y, en fin, los nuevos cultivos. Respecto de los canales de riego, el autor anota que «el Gobierno no se preocupó de promover la construcción de nuevos canales, sino ya muy entrado el siglo XX» (Pág. 8), con lo cual hace justicia al esfuerzo de los empresarios particulares que antes de esa época atendieron a mejorar las condiciones de cultivo de las tierras.

De las observaciones hechas en este estudio, que habría ganado mucho si el autor hubiera enriquecido su explicación de las encomiendas con planos que señalaran precisamente los contornos de cada una, surge que la propiedad agrícola ha sufrido en Chile un extraordinario aumento de su valor, aun si se considera en este cálculo el envilecimiento del signo monetario: pero que este aumento se debe tanto como al Estado a los particulares que se atrevieron a comprometer sus capitales en la apertura de canales de riego, en la internación de maquinarias y en el ensayo de nuevos cultivos y de nuevos métodos de labor. Y surge también que no es siempre conveniente a los intereses nacionales la parcelación de las tierras labrantías.

De una parte, la encomienda ha sido un factor de estabilidad social: «es lícito afirmar — dice el autor — que las encomiendas de los siglos XVI y XVII y las vastas estancias de fines de la colonia han formado la sociabi-

lidad chilena y contribuido de una manera poderosa a constituir nuestra nacionalidad sobre una base firme de cultura y de espíritu moral» (págs. 85 - 6). De otra parte, no es verdad, a juicio del señor Amunátegui, que el régimen de latifundio haya sido inconveniente para los intereses de las clases trabajadoras. Los patrones de las haciendas tuvieron siempre con sus inquilinos un trato patriarcal y bondadoso, no sólo conforme en todo a las instrucciones que los reyes dieron a sus agentes coloniales, sino sobre todo concordante con las enseñanzas cristianas. Se ha solido reprochar a los propietarios agrícolas la deficiencia alimenticia de sus trabajadores: «No debe extrañarse que en el sustento de los trabajadores brillara por su ausencia la carne fresca de animales vacunos — explica el autor —; pues, como lo advierte Barros Arana, los propios hacendados, fuera de la época de las matanzas, no la comían en su mesa». (Pág. 85.)

Respecto de la subdivisión de la propiedad agrícola, el autor no es menos claro en sus juicios. A su parecer, en efecto, la subdivisión no debe acelerarse artificialmente, por muchas razones: «La primera — dice el señor Amunátegui Solar — es que no todos los predios rústicos son susceptibles de una excesiva división, por la naturaleza misma de las labores a que pueden ser destinados. Y en este caso se encuentran los fundos de secano. Y, en seguida, la falta de preparación y de hábitos de ahorro y de temperancia de nuestros campesinos, no permitiría la indefinida parcelación de nuestros campos, pues se correría el riesgo de que volvieran a constituirse los antiguos latifundios, por culpa de sus nuevos dueños. La propiedad agrícola ha tenido en nuestra vida nacional un éxito demasiado brillante para que con el corazón ligero nos expongamos a arruinarla sin ventaja para nadie. No debe olvidarse, por lo demás, que las propiedades de esta clase constituyen la más importante reserva económica de nuestro país, ya que no sólo proporcionan las materias primeras para el alimento del pueblo, sino que también ofrecen la base más segura para la percepción de los impuestos directos». (Págs. 91 - 2.)

A propósito de estas observaciones del señor Amunátegui Solar, basadas en un conocimiento profundo de la realidad nacional, conviene no olvidar que frutos semejantes, es decir, contrarios a los planes de los estadistas, se han logrado en muchas naciones que quisieron infundir una celeridad artificial a ese proceso de subdivisión de la propiedad que debe mantenerse en los términos mismos que la organización social aconseja e indica. El rendimiento disminuye en las propiedades demasiado pequeñas, como se ha observado ya en Chile en varios distritos, y la excesiva subdivisión crea multitud de problemas de orden técnico y económico que terminan por trabar la producción. Dinamarca, Holanda, Bélgica y Francia han cimentado su prosperidad agrícola en la pequeña propiedad, pero no la tuvieron sino con el concurso de los siglos.

Debe recomendarse la lectura del último libro del señor Amunátegui Solar a los ideólogos que, con la cabeza caldeada por las prédicas de hoy, pretenden dar de golpe y porrazo la tierra labrantía a un indeterminado número de hombres que no sabrían cultivarla. Allí verán que la división habida en el suelo de Chile desde el siglo XVI hasta la fecha, ha seguido el ritmo de progreso de la nación en otros órdenes, y que acelerar ese ritmo no significaría ahora otra cosa que introducir en las relaciones sociales y económicas del país un trastorno de imprevisibles repercusiones.

El autor de este libro cumple este año ochenta de edad. Sirva esta información, de ejemplo a los escritores de hoy y de mañana, fatigados con menudos esfuerzos, incapaces de aplicar a la labor literaria la inalterable fidelidad que ha distinguido al señor Amunátegui. Y sirva sobre todo de base para solicitar para el autor de estas páginas el aplauso que merece por su constante y tesonera pesquisa de la verdad histórica, sin vacilaciones, sin temor a intereses heridos, sin otra pasión que la de la justicia.—R. S. C.

EL ÚLTIMO LIBRO DE ARTURO PIGA.

En «Crisis y reconstrucción de la segunda enseñanza», su autor, el chileno don Arturo Piga nos

habla con voz continental. Espíritu en tensión creadora y altamente sensible a toda inquietud, a toda vibración, el autor recoge en una sintonización precisa, dentro de su conciencia de maestro joven, las interrogaciones que el estado de la enseñanza actual ofrece. Interrogaciones y problemas que se agudizan, hoy más que nunca, en toda nuestra América. Por eso la voz de Arturo Piga sabe a emplazamiento: severa advertencia de que nuestras instituciones vitales, cual lo es la educación secundaria, están muy lejos aun de haber alcanzado un grado suficiente de evolución.

Al decir del filósofo, la capacidad científica no consiste tanto en «resolver problemas como en descubrir portentos». Es el afán de investigación, aquella insurgencia intelectual frente a los problemas, que da contenido ricamente vital a la obra científica. Frente a la conformidad negativa, a la pueril satisfacción que suele seguirse de la consecución de algún éxito, más o menos precario, el auténtico investigador y creador descubre problemas siempre nuevos, los plantea en sus contornos esenciales, tanto al propio pensamiento como al de los demás, en una perspectiva inquietante, capaz de motivar en éstos la fervorosa aplicación intelectual y, esencialmente, la vivencia emocional.

«Crisis y reconstrucción de la segunda enseñanza» no nos ofrece, pues, soluciones retocadas. Antes bien, es un sugestivo planteamiento de dificultades vigentes: disección decidida de un organismo en crisis, cuya salvación urge y para cuyo efecto el autor muestra, sucesivamente, los factores negativos que lo vienen minando. Y sabe hacerlo con tal acento y vehemencia que nos obliga a seguirle, a través de su obra, con curiosidad primero, con interés después y, al fin, con la más viva emoción. Es imposible quedar indiferente ante este libro, sobre todo cuando se es maestro y se es indoamericano. ¿Qué problemas de los señalados por él y que por su naturaleza son atribuidos en particular a la educación en Chile, no conciernen asimismo a los demás pueblos del continente? Con la educación boliviana, desde luego la similitud es impresionante.

Siguiendo al autor en sus razonamientos, nos vemos llevados a un sector tal de dificultades y planteamientos nuevos que las soluciones se perfilan mejor con otras preguntas. Así, en cuanto a la influencia del medio social en la educación del adolescente, y que Piga señala con maestría, nosotros nos atrevemos a preguntar si una evidente y fecunda acción social sobre la edad juvenil no quedaría garantizada con una reestructuración colectiva. A más de la atención económica que el Estado

dispensa, con mayor o menor buena voluntad, a la segunda enseñanza; una contribución de orden diferente y de mayor valor debe prestarle: la creación de un ambiente general de trabajo, justicia, cordialidad y medida. ¿Qué representaciones mentales repugnantes y qué experiencias íntimas dolorosas no llevamos a los adolescentes con este cotidiano espectáculo de luchas, persecuciones, actos de codicia insaciable por superestimación de los bienes materiales? Y semejante influencia, ¿no deforma, acaso, cruelmente, el natural desarrollo del espíritu juvenil, tornándolo impermeable a los altos valores éticos y estéticos? Pero estas cuestiones hacen surgir la de saber si el Estado actual, sin modificar sus fundamentos, podría acometer aquella obra de reestructuración social, única forma de liquidar la angustiante crisis contemporánea.

También la consideración que el autor hace del factor familiar nos permite llegar a otras reflexiones. Además de la evidente falta de preparación científica de los padres para ejercer, en colaboración con la escuela, una acción educativa eficaz sobre sus hijos (y que podría subsanarse, como se hubo intentado en Bolivia, por el Consejo Nacional de Educación de 1936, mediante cursos de información psico-pedagógica a los futuros padres), hay la circunstancia de la diferente fortuna familiar que establece, en la práctica, las diferencias de rango social y el diferente porvenir de los niños. En este punto, nosotros nos hacemos solidarios con el sentir del ilustre pedagogo checoeslovaco Vaclav Prihoda: «La diferenciación escolar según la fortuna y según la situación social es, además, inconveniente en su calidad de factor social desintegrante, porque embaraza la evolución de nuestras sociedades hacia la homogeneidad.»

Seguir con nuestras reflexiones a través del hilo conductor, rico en sugerencias, de «Crisis y reconstrucción de la segunda enseñanza» nos llevaría a extendernos demasiado. Demos, pues, cima a este pequeño comentario, y sea, haciendo referencia a lo que Arturo Piga estudia bajo el título de «Relaciones hispanoamericanas». Este es el punto culminante de la obra. Aquí el autor toma los problemas bajo una nueva dimensión. Una de las causas capitales de nuestra crisis, dice, es la falta de unidad y correlación entre quienes en América se dedican a la enseñanza: es preciso, continúa, fortalecer una ideología continental.

Nosotros, los profesores bolivianos, que miramos el escenario mundial desde nuestra lejanía, recogemos la frase de Arturo Piga con unión y con fe.—Ciro M. Aparicio.

DOMINGO MELFI: El hombre y la soledad en las tierras magallánicas.

Diez títulos registra la nómina de «obras del autor» en este nuevo libro de Domingo Melfi y, fuera de dos «Notas de Viaje», «Notas e Imágenes», todas las demás llevan el subtítulo «Ensayo».

Hay, sin duda, una secreta concordancia entre ese género elástico, reacto a molde, mezcla de varios géneros, donde la poesía se confunde con la filosofía o la historia, y el temperamento íntimo del escritor, como también podría advertirse relación psicológica entre su actitud intelectual y los nombres de algunos folletos: «Sin Brújula», «Indecisión y Desengaño».....

Melfi rehuye la afirmación terminante, no es de los impetuosos y combativos, que se entregan y embarcan enteros, como Joaquín Edwards, por ejemplo, en cuya prosa vibrante se siente la palpitación inmediata de un espíritu apasionado, de una fantasía meridiana. El pertenece a una región crepuscular donde el medio tono domina y su ritmo es flotante; va, viene, retrocede, avanza, torna a recogerse, esquivo y como nostálgico aún en la alegría, incluso en el ataque o el panegírico. Da la impresión, aunque hable claramente, de que está pensando en otra cosa y no ha dicho hasta el fin su pensamiento. Diríase un hombre sacado de su patria original, que la recuerda, sin querer o poder orientarse definitivamente.

«El hombre y la soledad en las tierras magallánicas» cuenta las impresiones que recibió, como miembro de la comitiva presidencial, durante una visita realizada a las regiones australes en Noviembre último, y evoca diferentes aspectos de las tierras, los canales y el mar, vistos en el largo viaje.

El hombre figura aquí en primer término; pero la soledad domina.

Iba en un barco rodeado de gente caracterizada; en torno suyo ha girado una existencia rica, un repertorio de escenas, cuadros, diálogos propicios a la anécdota, cargados de perfiles y rasgos significativos, con representantes de tantas categorías sociales, políticas, administrativas, intelectuales y morales. En el trayecto de ida y vuelta, en la estada allá, habrá podido presenciar centenares de pequeñas comedias y pequeños dramas, reflejados en los rostros y las actitudes, verdadero tesoro para un observador de la naturaleza humana.

El hombre no aparece nunca tan al vivo como en esa concentración y resumen de la existencia que es la vida a bordo.

Pero él no ve, no quiere ver al hombre, a los hombres.

Diríase que va solo.

El barco mismo en que navega se desmaterializa, desaparece, no hace ruido alguno de hélice al atravesar las aguas y se adelanta en silencio, entre los témpanos, sin capitán, sin piloto, sin marineros. Nadie que hable, que coma, que se mueva o fume siquiera: únicamente la visión funciona y el paisaje se desenvuelve, a uno y otro lado, como en un desierto.

Según parece por la advertencia inicial, el autor se liberó del elemento humano en correspondencias periódicas enviadas a su diario como corresponsal.

Y no ha creído necesario recogerlas.

Aquí va él, solamente, él delante del paisaje, con su pensamiento.

No lo decimos por cierto en son de reproche. Por el contrario, ello revela, a nuestro juicio, un sentimiento alto y profundo, un ansia íntima, purificada, de liberación, para que el espíritu planee sin obstáculos y las potencias interiores se entreguen a cuanto de maravilloso y trascendente va pasando sobre su cabeza y bajo sus pies, durante largas horas de meditación contemplativa.

No es el cronista, el hombre ordinario ni el cazador de pequeños detalles significativos el que viaja sino el otro, acaso el más auténtico, el pensador y el poeta, el espejo sensible atento a la belleza; el que reflexiona en su interior y tiémbla; el que para sentir y pensar con amplitud necesita estar siempre solo y casi nunca está alegre.

Es esa indecisión de Melfi que notábamos, ese vaivén de uno a otro género, de éste a aquel punto de vista, tentado por la política, la historia, la filosofía, la sociología, se resuelve aquí y halla su brújula orientada hacia el reino poético, hacia todo lo que cae más allá del barco.

Recibiremos placer y provecho acompañándolo un poco.

He aquí la partida:

«Cuando se penetra a través del seno ancho y profundo de Reloncaví en demanda de las regiones australes, la sensación que se experimenta es la del descenso hacia una tierra sumergida. Por lo menos esa sospecha nos hiere misteriosamente el corazón. Se diría que bajamos por una gradería labrada en escarpas invisibles para internarnos luego en las sendas de un valle martirizado por convulsiones telúricas. Hemos penetrado en la región de las islas verdes. . . .»

Así larga amarras y leva el ancla. Ya soplará el viento.

«El agua es turbia, profunda, insondable. Una emoción sucede a otra. Detrás de un canal se extiende otro, detrás de las islas aparecen otras islas. Las cadenas de cerros nos siguen o se muestran como manadas de elefantes. Levantan sus lomos roñosos sobre los cuales la nieve resbala en largas estrías. O bien la piel se reviste de un pelaje hirsuto y apretado: son los bosques. . . .»

El agua, los montes, los canales, del bosque. Tenemos ya el «leit motiv» y el fondo, la decoración preparatoria de los prodigios que van a sucederse.

Ellos empiezan cuando aparece el hielo.

«. . . . surgen delante de nosotros los glaciares que desembocan vertiginosos sobre el mar. Anchos y blancos, bajan petrificados hasta el borde. . . . Están allí desde hace siglos, en la muerta inmovilidad de su destino. Un golpe de sol les infunde por instantes una vida milagrosa. Se llenan de fisuras azules, de grietas hondas y luminosas y se diría que sobre ellos ha descendido el gozo de una secreta voluptuosidad. Esos anchos torrentes congelados semejan, vistos a distancia, senderos de espuma o algodón, oprimidos por cerros enjutos que custodian el sueño blanco, la petrificada soledad blanca.»

La sinfonía polar de los témpanos se anuncia.

«Algunos trozos de hielo se desprenden de esta masa gigante y vuelcan sobre la superficie un hervidero de olas. Echan a vagar sin destino, deshaciéndose un poco en cada hora, pero tan imperceptiblemente que su espesor apenas disminuye. El agua esculpe en ellos, «lenta y docta» figuras casi humanas, signos extraños, actitudes sorprendentes. Son innumerables, unos más grandes que otros, unos más antiguos que otros. Unas veces simulan castillejos de hadas, otras son delfines o cisnes enormes, o bien pequeñas barcas ágiles y blancas que se deslizan impulsadas por el viento.»

Asistimos a la creación de un mundo quimérico, a la obra de arte que labra el agua «lenta y docta», suscitadora de fantasmas.

Es la soledad inmensa, sensible, palpante.

«Este mundo fragmentado y blanco que se mueve sobre el agua verdosa no tiene expresión alguna de vida. Nada palpita allí de acogedor. Sólo la helada sensación de lo inerte, el sueño congelado. . . . Una necrópolis móvil estremecida por un hervor subterráneo.»

La battuta, de pronto, señala otro compás y el mundo inerte varía de ritmo, se acelera, vibra, Sobreviene el sol de los días espléndidos y la naturaleza recobra su plenitud vital.

«El horizonte se ensancha, se llena de pasión y de ternura. El sol enciende la soledad y le comunica un esplendor irreal. Las islas se levantan como jardines y parecen también dominadas por la alegría frenética de la luz. El agua fulge a modo de un diamante. Se embriaga de irrisaciones, de matices sutiles. El agua se dobla, fina y lánguida. . . .»

Es un cántico, un largo canto, el poema del agua y de la luz, de la soledad y de los bosques.

Ahora ya no cabe duda ni indecisión alguna. El poeta se explaya y son páginas y más páginas pictóricas, musicales, de una intensidad penetrante, de un gozar comunicativo. Se comprende que él se substraiga y que haya aniquilado también, en torno, el banal movimiento, la palabra y la palabrería. No más problemas o, mejor, el problema único, la única meditación, la del ser intemporal que respira.

Saint-Exupéry, el aviador-poeta, que también ha escrito bellas descripciones magallánicas, no emplea otro tono cuando va por el aire, en la soledad de su avión.

Después, naturalmente, habrá que aterrizar.

Melfi lo hace como dé mala gana. Las partes segunda y tercera de su obra, los exploradores, los colonos, la lucha social en esas tierras, carecen de la hondura expresiva, de la expansión del capítulo que pinta la soledad. El hombre cohibe su estilo y, en cierto modo, lo disminuye.

Incluso provoca por ahí cierta sonrisa. Al lamentar la muerte de las razas aborígenes, exterminadas por los terribles «pionners», cazadores de lobos y de indios, de alacalufes y de onas, insinúa la idea de que tal vez se habría evitado aquella salvaje carnicería si se hubiera considerado la propiedad como a una «función social». Ah! la cándida doctrina! Aconsejársela a esos que se disputaban con los vientos y los mares, recordar el principio abstracto en esa lucha primitiva con las fieras sólo podría ocurrírsele a un verdadero poeta; y si no hubiera otros rasgos, bastaría éste para calificar de poética la obra de Domingo Melfi. Ensayar tesis sociológicas querían sin duda aquellos rudos varones de presa. . . .! La experiencia, por lo demás, nos dice, el resultado que dan tales teorías cuando las lleva a la práctica un pueblo bien armado: hablen Polonia, Letonia, Estonia, Lituania, Finlandia, Rumania; vivos experimentos, de la «función social». Y Rusia misma, toda una clase social de Rusia. ¿O será que los burgueses capitalistas no merecen la compasión que despiertan onas y alacalufes?

Pero esto nos llevaría lejos, hacia otros sueños.

Y en el mismo texto de Melfi, junto al veneno costaría poco hallar la medicina. Relata — (pág. 78) — cómo salieron a cazar pieles varios exploradores y, al cabo de breve tiempo, unos se hallaron ricos y otros en la miseria. El rico reconoce a los pobres andrajosos y les pregunta: ¿Qué habían hecho? ¿Cómo se encontraban así? Ellos «se encogieron de hombros, guiñando los ojos, con mezcla de malicia y resignación. Las muestras estaban a la vista. Se lo habían bebido y, probablemente, jugado todo, sin importarles nada el mañana». He ahí una lección de sociología y de política económica más elocuente que cien disertaciones;

porque está sacada de los hechos. Pero si al soñador se le arguyen los hechos hablará de educación humanitaria, de cultura progresiva, de civilización impuesta, y se refugiará por ahí, nuevamente, en los sueños.

Como poesía, entre la del hombre y la soledad, preferimos por eso la última que, en el libro de Domingo Melfi, es superior como estilo a la otra, probablemente, porque también es superior en el fondo. Desde luego, no incita a discutírsela—Hernán Díaz A.

ALBERTO GHIRALDO: El archivo de Rubén Darío. Editorial Bólv. Santiago.

El propio Alberto Ghiraldo que ha publicado este extraordinario documento de Rubén Darío, nos explica el hallazgo: «Peregrinos con misión en España—dice—una mañana gloriosa de primavera llegábamos a Navalzau, un pueblecito colgado en las estribaciones de la serranía de Avila, donde por azar curioso del destino, bajo la custodia de una mano amorosa estaba el archivo del poeta». Y añade: «Qué asombro para los que hemos conocido a Darío en pleno derroche de actividades literarias, en la embriaguez de la realización poética, cuando su vida era luz de gloria en perenne alumbramiento; cuando su amor al ideal le llevaba a todos los extremos de la fantasía desorbitada; qué asombro encontrarnos ante los cartapacios, los cuadernos y copiadorez en cuyas páginas el bardo de «Azul» había ido ordenando su correspondencia con meticulosidad y la paciencia de un archivero o de un burócrata».

Ghiraldo encontró allí cartas juveniles de hombres que después han sido eminencias de las letras españolas, documentos preciosos para la historia literaria y para el conocimiento de la vida íntima de Darío, de Juan Ramón Jiménez, de Unamuno, Gómez Carrillo, Vargas Vila, Villaespesa, Ricardo Palma, Luis Bonafoux, Amado Nervo, Alomar, Remy de Gourmont, Tailhade, Paul Fort, Alejandro Sawa, Valencia, Emilia Pardo Bazán, Pérez de Ayala, Marinetti, y en fin, de todas los escritores y poetas de mayor boga en los años en que Darío vivía en España o en Francia.

Esta variedad de documentos y esta naturaleza íntima de las cartas, es lo que da al libro de Ghiraldo un valor extraordinario como documento. Los admiradores de Darío, que son muchos, encontrarán en este volumen la vida que no conocieron del poeta de «Prosas Profanas», la vida brillante, o triste, o amarga, o cruzada de inquietudes. Si hay algo que impresione, y conmueva y provoque la admiración o el entusiasmo, es sin duda la correspondencia privada de un hombre de genio, poeta, o estadista, o político, cuya vida espiritual hemos conocido sólo en fugaces lamparadas, a través de sus versos, de sus actitudes externas o de sus palabras.

Darío tiene en Chile raigambres profundas. Pero no hay en este valioso archivo ninguna carta de chileno. Darío vivió en Santiago la bohemia elegante de las postrimerías del siglo pasado. El no era un elegante en el vestir, lo eran sus amigos y devotos de aquellos años, que le ayudaron y le sostuvieron en sus primeras y amargas andanzas, mientras robustecía sus alas para el gran vuelo. Estaban aquí y formaron en la tertulia a la cual concurría siempre el poeta: Pedro Balmaceda Toro, Alberto Blest Bascuñán, Manuel Rodríguez Mendoza, Luis Orrego Luco,

Alfredo Irarrázaval, Narciso Tondreau, Ossa Borne, Pedro Nolasco Préndez y muchos otros. En los archivos particulares de algunos chilenos o de los herederos de aquellos escritores existen cartas del poeta. Nadie las ha recogido aún para formar con ellas un volumen que, naturalmente, sería también de un alto interés para la historia de la evolución poética en Chile.

En el libro de Ghiraldo los documentos íntimos de los escritores españoles o hispanoamericanos, anotados por el compilador en observaciones muy penetrantes y muy oportunas, revelan ya las luchas tenaces del poeta, pero al mismo tiempo la noble naturaleza espiritual que lo animaba.

Un fragmento de una carta de Juan Ramón Jiménez, que fué un devoto y un admirador de Darío, dice: «Ud. — ya lo dije — es el mayor poeta que ha escrito en castellano desde la muerte de Zorrilla. Campoamor era un poeta, indudablemente; pero no tenía el menor sentido de las cosas plásticas, y así su verso era un verso plebeyo salvado por el **humor**; pero no por las rosas ni el cielo azul. Y digan lo que digan esos necios. ¿Quién podrá borrar las sensaciones de arte que ya están escritas? Toda la obra de Ud. es obra de espíritus y para almas, por no decir solamente corazones. Y si la gentuza dice frases feas, es porque no puede dar de sí otra cosa. Ud. es el único gran poeta que hay actualmente en España.»

Darío fué recibido con aclamaciones por la juventud en España, pero no toda la intelectualidad española le rindió homenaje. Quedaron muchos en la reserva, a excepción de Valera que ya lo había saludado por su libro «Azul» como uno de los más extraordinarios poetas de América. Jiménez, que ha continuado manteniendo el fervor hacia Darío, señalaba en esa carta y en algunas otras, de aquellos años, la subterránea malevolencia que contra el poeta recién llegado movían los espíritus incapaces de comprenderle.

La amistad de Darío y Unamuno comenzó, escribe Ghiraldo, de un incidente literario feliz. Refiriéndose a París que desdenaba, sin conocer siquiera a los autores de América, había escrito Darío: «Besamos la orla de su manto, el borde de su falda y no se nos recompensa ni se nos mira». Comentó Unamuno: «... quejas de Rubén Darío porque París no hace caso a los literatos hispanoamericanos, confundiéndolos con los **rastacueros**». Y Darío, al canto: «Yo jamás he dicho semejante cosa». Más tarde el intercambio de cartas explicativas y luego la comprensión y la amistad. Pero el vasco comprendió rápidamente la pasta de poeta que había en ese hombre esmirriado, de rostro moreno y de abundante cabellera. «Podrá haber diferencias entre Ud. y yo — le escribía Unamuno en 1907 — pero jamás se dirá que no reconozco en Ud. a una de las fuerzas mentales que existen hoy, no en España, sino en el mundo. Mas yo quisiera también de su parte alguna palabra de benevolencia para mis esfuerzos de cultura. . . . Y luego, yo soy uno de los pocos que han visto en Ud. al poeta». Y más adelante, en otra carta explicaba: «Lo que yo veo, precisamente en Ud., es un escritor que quiere decir, en castellano, cosas que ni en castellano se han pensado nunca ni pueden «hoy» con él pensarse. . . . Tiene Ud. que hacerse su lengua, y en esta labor inmensa se gastan energías que el escritor clásico aprovecha en expresar las ideas

comunes en su país y en su tiempo, cuando estas ideas son vivas, es decir, en las épocas clásicas. Cuando las ideas comunes son muertas, como hoy sucede en España, el escritor, purista y correcto, y de irreprochable lenguaje, sólo expresa sonoras vulgaridades».

Contra los «snobs y bobos de la moda», muy frecuentes siempre, entonces y hoy, le escribía Darío a Unamuno, desde Madrid en 1899: «Por otra parte, no sabe usted lo que yo he combatido el parisianismo de importación, que he tenido la mala suerte de causar en buena parte de la juventud de América, y en el prólogo de mis «Prosas Profanas» he dicho bien claro que no puede tomarse como modelo y guía lo que en mí es producto de mi individualidad y de mi admiración literaria».

Unamuno condenaba en Darío esta que él suponía una escuela impuesta por Darío a la juventud poética de la América, y el poeta respondía con las frases que se han leído. Pero aquella juventud tomaba de Darío el parisianismo sin haber conocido nada de París ni siquiera la literatura francesa. A través del poeta pintaban un ambiente artificial, una decoración falsa e infestaban la vida americana con un retoricismo de boulevard, al cual se le veía, a poco que se ahondara en él, la falsedad con que había sido construído. Se puede admirar a un gran poeta, pero ya en el terreno de la imitación aparecen las costuras burdas, los movimientos pesados, las líneas groseras. En América, la imitación de Darío fué una enfermedad que hizo muchas víctimas y malogró a innumerables talentos, desviándolos de un mejor camino y esterilizándolos para la tarea creadora.

En una carta de Gómez Carrillo encontramos esta observación de interés para Chile. Está escrita desde París a Buenos Aires, en donde se encuentra el poeta en 1896: «Y Ud., ¿piensa quedarse allí? ¿Por qué no en Chile en dónde tan querido es? Chile sabe leer mejor que la Argentina. Chile es un gran país español; la Argentina me parece un inmenso *caravainserraille*, una cosmópolis monumental».

Las relaciones de Darío y Carrillo estuvieron jalonadas por los extraños y femeninos coqueteos del segundo, que era un espíritu ondulante, inquieto, arbitrario, difícil y erizado de contradicciones. Darío sufrió en silencio los alfilerazos del cronista y con su inmensa bondad, con su gran corazón, fué poco a poco reduciendo la naturaleza humana irritable y caprichosa del autor de tantas y tantas crónicas agradables. Las cartas que figuran en este tomo sirven para dar una idea bastante clara de cómo era el espíritu cambiante de Gómez Carrillo.

Sería tarea demasiado larga citar fragmentos de la correspondencia de todos los escritores que figuran en este libro de tan extraordinario interés. Alberto Ghirardo ha hecho no sólo un servicio de gran utilidad a los admiradores del poeta, sino que él mismo ha mostrado, a través de sus comentarios y notas, el conocimiento minucioso de la vida literaria española y de los hombres que estuvieron cerca de Darío o que actuaron en aquellos años de comienzos del siglo. Hay, además, en este libro los detalles en ocasiones menudos, pero no por eso menos intensos, de esto que ha sido llamado el «lamentable oficio de las letras». A cada paso encontramos confesiones dolorosas de ingratitudes, de deslealtades. El camino que sigue el poeta no es un camino de rosas ni está siempre bordeado por frescas alamedas. Desde que se inicia en la vida ya más honda

de la contienda literaria en Madrid o en París, comienzan también los sufrimientos. El poeta de «Canto Errante» se prepara para poner entre sus versos esa sangre de humanidad, que es en definitiva la vertebración más sólida de su creación lírica. En todo instante, Darío es el hombre. Y por esto mismo sus producciones continúan leyéndose y en todas partes hay admiradores de su poesía.

El libro entregado por Ghirardo a la publicidad es de un enorme valor para la literatura hispanoamericana. Si no hemos podido comentar las cartas de Ingenieros, Alejandro Sawa, Amado Nervo y tantos otros, quede para los lectores la grata tarea de hacerlo en la lectura de esos documentos vivos y palpitantes.—D. M.

DARÍO EN CHILE.

Para un semanario bonaerense ya desaparecido, el poeta escribió en 1912 una serie de artículos donde narraba su vida de artista y de trotamundos. Coleccionados luego, estos artículos forman la varias veces reeditada «Autobiografía», de lectura siempre interesante aunque de relativo valor fehaciente. Pues, como es sabido, Darío trastrueca datos, incurre en errores acaso involuntarios, en omisiones probablemente no intencionales, y en comprensibles fallas de recordación. Además puede que inadvertidamente embellezca la prosaica verdad de más de un suceso. ¿Qué autor en trance tal no ha retocado y corregido la realidad, mejorándola consciente o inconscientemente....? Al relatar cuanto la concierne, suele el hombre perfeccionar lo bueno, adornar lo trivial y hasta entenebrecer lo malo, con lo cual intenta realzar sus virtudes, dar importancia a actos vulgares o — si es del caso — quintaesenciar sus vicios. Vanidad siempre disculpable.

Darío escribió aquellos artículos sin plan fijo, sin previa consulta de viejos papeles, sin relecturas que le hubieran permitido precisar episodios de la juventud y puntualizar pormenores borrosos. Prefirió librarse a la fluente verba del que habla de sí ante un auditorio complaciente y no ante un severo tribunal. Tal vez no presumió que sus contemporáneos y la posterioridad querrían ajustar lo desajustado; y comprobar los auténticos móviles de su conducta — versátil a menudo — y desenmarañar la bella selva poética a fin de hallar la fuentecita escondida de donde manó, en su hora, ésta quintilla, ese soneto o aquel poema.

Apenas si para prevenirnos sobre posibles inexactitudes cronológicas, dice en su «autobiografía»: «Quizás ponga algo que aconteció después en momentos que no le corresponden, y viceversa. Es fácil, puesto que no cuento con más guía que el esfuerzo de mi memoria». Y la memoria le sorprende con travesuras imprevistas: ya evasiones parciales, ya superposiciones arbitrarias de eventos distantes. Achácase todo esto a que el yo íntimo, alerta en las capas más hondas del espíritu, trabaja incesante — y generosamente — para hacernos olvidar lo inútil, para aligerarnos de la carga de recuerdos desagradables, para enfocar bajo amable luz nuestro proceder en días remotos. Algo de todo esto le ocurrió a Darío cuando hilvanó, con el solo esfuerzo de la memoria, sus memorias. Y lo anticipado aquí respecto a la «Autobiografía» en totalidad, es aplicable a la parte que atañe a sus años chilenos, según veremos en seguida.

Varios investigadores del país hermano han tentado reconstruir la vida de Rubén Darío desde que desembarca en Valparaíso el 24 de Junio de 1886 hasta que retorna a Nicaragua el 9 de Febrero de 1889. Para documentarse satisfactoriamente, estos investigadores han utilizado las informaciones escritas y orales de quienes lo trataron allí. Algunas de estas informaciones escritas — como las de Luis Orrego Luco y Emilio Rodríguez Mendoza — no han sido reimpresas. Se conservan, las del primero, en las colecciones de los diarios santiaguinos; las del segundo, en su ameno libro «Como si fuera ayer», fechado en 1919. (De Emilio Rodríguez Mendoza acaba de aparecer «La flecha en el arco», 1940, donde figura un artículo titulado «Darío o el hermano verso»). Otras páginas evocadoras, éstas de Samuel Ossa Borne, pueden encontrarse en el extinguido «Pacífico Magazine» (Abril de 1918) o reeditadas en la extinguida «Revista Chilena» (Abril y Diciembre de 1917). Algunas más, firmadas por Manuel Rodríguez Mendoza, en la misma revista (Junio de 1917), y fragmentos de Luis Orrego Luco, en diversos estudios recientes.

También los investigadores chilenos han utilizado las páginas que el huésped — fuera de las de la «Autobiografía» — dedica a hombres y cosas de Chile. Con todos estos materiales de primera mano y no poca diligencia averiguadora han seguido a Darío en la ciudad porteña y en la ciudad capital. Gracias a tan empeñosa tarea, disponemos ahora de libros y trabajos muy sustanciosos. Entre ellos: «Obras de juventud de R. D.», compiladas por Armando Donoso en 1927 y precedida de una ilustrativa introducción; «R. D. y Chile», estudio de Raúl Silva Castro fechado en 1930; «Obras desconocidas de R. D. escritas en Chile y no recopiladas en ninguno de sus libros» (1934), paciente exhumación cumplida por el mismo Silva Castro; finalmente, el tomo primero de las «Obras escogidas de R. D., publicadas en Chile» (1939), admirable edición de la Universidad hecha bajo la dirección de Julio Saavedra Molina y con la cooperación del profesor norteamericano Erwin K. Mapes. (Mapes es autor de *L'influence française dans l'oeuvre de R. D.*, 1925, libro imprescindible para cuantos quieran profundizar el tema. Lo es, asimismo, del folleto «Los primeros sonetos alejandrinos de R. D.» 1935, y de un denso volumen que contiene de 1893 a 1898, los «Escritos inéditos de R. D. recogidos de periódicos de Buenos Aires», 1938).

La seria contribución chilena a la bibliografía sobre Darío se acrece con las selecciones debidas a Eduardo Barrios y Roberto Meza Fuentes («R. D. Sus mejores poemas») y a Raúl Silva Castro («Antología poética de R. D.»), con diversos trabajos de Francisco Contreras, Arturo Torres Ríosco, Julio Saavedra Molina, Roberto Meza Fuentes, Raúl Silva Castro, etcétera; con los libros biográfico-críticos de Francisco Contreras y de Arturo Torres - Ríosco, publicados en 1930 y 1931, respectivamente.

Y si el lector va a Chile y tiene la suerte de hallar en las librerías de viejo de la calle San Diego, en Santiago — protesto contra estas librerías que no bordean el Mapocho como los puestos de París bordean el Sena — si en la calle de San Diego tiene la suerte de hallar los «Estudios literarios» de Pedro Balmaceda Toro (A. de Gilbert, su pseudónimo) y las «Poesías» de Eduardo de la Barra, en cuyo tomo segundo se transcribe «Las rosas andinas», entonces el lector habrá acumulado las piezas más indispensables para saber cómo fué la vida de Darío en Chile y cuál el juicio que me-

reció allí su obra. Trabará así relación con un nicaragüense, de 19 años en 1886, afecto al ocio bohemio, a la lectura dispersa, a la charla literaria y, de tanto en tanto, al ensimismamiento hosco.

«Por fin llego a Valparaíso — se lee en la «Autobiografía» —. Compro un periódico. Veo que ha muerto Vicuña Mackenna. En veinte minutos antes de desembarcar, escribo un artículo». Equivocada afirmación, como lo han demostrado varios de los citados investigadores. Darío, es cierto, escribió un artículo sobre el eminente polígrafo... pero con bastante anterioridad. De «El Imparcial» de Managua lo reprodujo «El Mercurio» de Valparaíso en Abril de 1886, dos meses y medio antes de que su autor pisara tierra de Arauco. Lo que Darío escribió — y no a bordo — fué una respetuosa misiva a la viuda de Vicuña Mackenna, que Silva Castro incluye entre sus «Obras desconocidas».

Una carta de recomendación — es dudoso que fueran dos — franquea a Darío su ingreso en los círculos intelectuales. Aludo a la carta que el general Juan J. Cañas, ex - Ministro del Salvador en Chile, le entrega para presentarse a Eduardo Poirier, escritor y traductor radicado en Valparaíso. Y así, a poco de su arribo, colabora con Poirier en la apresurada redacción de «Emelina», tremebunda novela folletinesca con la que el binomio concurre — agosto de 1886 — al certamen del diario «La Unión». Esta novela, si no da provecho a sus autores, tampoco les anticipa fama.

El precoz aprendiz de poeta — recuérdese que desde los 11 años componía versos — empieza a colaborar en «El Mercurio» del puerto y en «La Epoca» de la capital. Su incorporación al personal del diario santiaguino parece atribuirse a Poirier, amigo de Eduardo Mac Clure. La otra carta del general Cañas se ha creído, y lo cree Donoso, que era para Mac Clure, director de «La Epoca». Silva Castro, en cambio, supone que, si hubo una segunda carta, pudo ser para Carrasco Albano, suposición basada en doble fundamento: las iniciales C. A. consignadas por Darío en su «Autobiografía» y unas líneas insertas por él en «La Epoca» de 25 de Septiembre de 1886: «El puesto que ocupó en este diario débolo principalmente a los esfuerzos del señor don Adolfo Carrasco Albano, quien, conocedor de mis antecedentes, me ha dispensado benévola amistad.»

Darío refiere su no muy halagüeña llegada a Santiago. Pronto habita en el local de «La Epoca», donde ocupa — afirma Orrego Luco — «un cuarto un poco más estrecho que esos en que guardan perros bravos en las haciendas». Lo cual no impide que el ocupante, en su opúsculo «A. de Gilbert» escrito dos años más tarde, adecente el cuchitril y diga orondamente: «En días de gran trabajo y no pocas tristezas, vivíamos Rodríguez Mendoza (se refiere a Manuel) y yo en dos departamentos del edificio de «La Epoca».

Mac Clure — cuenta Darío — anuncia en tertulia de redactores: «Vamos a dedicar un número a Campoamor, que nos acaba de enviar una colaboración. Doscientos pesos al que escriba la mejor cosa sobre Campoamor». Y, naturalmente, gana nuestro poeta. Pero los sobrevivientes controvierten la anécdota: Ossa Borne nos informa, muy sencillamente, que luego de hablarse de Campoamor largo rato y sin intervenir Darío, éste improvisó su célebre décima. En el diario y no en su casa, como otros, parafraseando mal a Ossa Borne, han asegurado.

En Marzo de 1887 aparece un libro, «Abrojos», colección de cincuenta y ocho composiciones, algunas ya adelantadas por «La Época». De Darío, en «A. de Gilbert», son estas líneas: «Entonces escribí mis «Abrojos», de los cuales Pedro Balmaceda fué el entusiasta y bravo editor». Remacha el aserto en la «Autobiografía». Se trata de una nueva jugarreta de su memoria, que Donoso pone al descubierto: Manuel Rodríguez Mendoza, «por ese entonces jefe de sección en el Ministerio de Obras Públicas, había conseguido que se imputara a una partida de la ley de presupuesto, destinada a imprimir obras, el costo del libro». Así se explica que Darío dedique «Abrojos» al autor de tan sudamericana irregularidad administrativa:

«Yo haciendo versos, Manuel,
descocado, antimetódico,
en el margen de un periódico
o en un trozo de papel.»

Quizá Darío entiende por editor — según conjetura Saavedra Molina — al que «se dió la molestia de bregar con la imprenta», pues el poeta estaba de nuevo en Valparaíso. ¿Cuál la razón del viaje? La aclara Darío en la Nota IV a la 2.ª edición de «Azul». . . . «Cuando en 1887 llegó por primera vez el cólera a Santiago de Chile, puse pies en polvorosa, huyendo del terrible enemigo, y me trasladé a Valparaíso, donde de periodista me transformé en empleado de Aduana».

Hasta la ciudad del Pacífico le llega una carta de Pedro Balmaceda Toro instándolo a concurrir al Certamen Varela, acontecimiento de significación sobre el cual nada dice en la «Autobiografía». Pero la carta del buen camarada — de quien luego se distancia por motivos fútiles (dos versiones hay al respecto) — la incluye en «A. de Gilbert», opúsculo que compone al enterarse de su prematura desaparición. «Un consejo — le dice a Darío — que espero seguirás con entusiasmo. Es un deseo de amigo. Puede traerte provechos de consideración. El señor Varela ha abierto un nuevo certamen para el mes de Septiembre: 1.º Doce composiciones subjetivas, por el estilo de las de Becquer, 2.º Un canto épico a las glorias de Chile. Ya ves. Trabaja y obtendrás el premio — un premio en dinero — que es la gran poesía de los pobres». El destinatario no desoye la cordial incitación epistolar. Escribe catorce rimas. . . . que no dañ en el blanco y escribe un canto muy brocineo con el cual — él, nicargüense — obtiene la mitad del premio. La otra mitad, el chileno Pedro Nolasco Préndez.

Para su «Canto» el poeta acaba de recibir la desinteresada ayuda del rector del Liceo de Valparaíso, Eduardo de la Barra, quien le facilitó algunos apuntes en prosa sobre la historia de Chile. Un artículo escrito en 1888 por el mismo de la Barra — que se incluirá en el tomo segundo de las «Obras escogidas» — certifica el hecho.

Las Rimas son bien acogidas y suscitan algunas censuras al jurado que no las recompensa. Triunfante de la Barra, que presenta al certamen dos colecciones de parejo mérito (Advertencia al tomo primero de sus «Poesías»), alguien objeta el fallo: «Convengo, dijo, en que la obra premiada es de más mérito que las otras; pero apuesto que el premiado es

incapaz de hacer algo tan artístico, tan lleno de frescura y savia juvenil, tan exuberante de vida, tan lleno de colores y reflejos tropicales como son las «Rimas» de Darío». (Notas al tomo segundo de las «Poesías» de de la Barra). Molesto el escritor laureado, en Febrero de 1888 publica las ya mencionadas «Rosas andinas», donde junto a cada rima de Darío agrega su respectivo remedo. Estas «Contra-rimas» atestiguan la gracia y la destreza del parodiador. Sus «Rimas», las del Certamen Varela, revelan don poético, fácil adaptación al modelo becqueriano, señorío de la métrica.

Darío, entretanto, continúa su intermitente y tropezosa labor periodística. Fruto de los momentos de más fresca inspiración son las páginas en prosa y en versos que luego recolecta en «Azul...», libro de mediados del 88. La edición original lleva un sesudo prólogo de de la Barra, sólo reproducido en la segunda (Guatemala, 1890) y que ahora se inserta, felizmente, en las «Obras escogidas».

Rubén Darío, en «Historia de mis libros»; reconoce que éste — destinado a lograr tanta repercusión inmediata en América y España — sale a luz «bajo los auspicios del poeta de de la Barra y de Eduardo Poirier». Pero otros contribuyen, mediante suscripciones, a costear «Azul...» y así lo declara Poirier en un artículo que Darío transcribe en las notas agregadas a «A. de Gilbert».

Según Darío, «por escribir muy bien», se queda sin puesto en «El Herald», de Valparaíso. Sin embargo, una manifestación verbal de Poirier — que Donoso apadrina — rectifica tal aserto: el propio Poirier tuvo que improvisar algunas crónicas para evitar que el redactor remiso fuera, antes, suspendido. Testimonio ratificado por Ossa Borne.

Ya Darío proyecta el retorno al terruño. Tiene entonces ocasión de conversar con don José Victorino Lastarria suegro de de la Barra. Nos lo pinta parálítico, otra picardía de su flaca memoria como lo han probado varios connacionales de Lastarria. Y gracias a éste, amigo del general Mitre, se inicia en las columnas de «La Nación».

Quien desde 1888 habría de ser jefe del movimiento modernista pasó en Chile más de dos años y medio. Miserio período de su vida de periodista, pero período fecundo para su definitiva formación intelectual. «Si grande fué la influencia del ambiente chileno en el poeta — afirma imparcialmente Silva Castro («R. D. y Chile») — mayor sería la del poeta en el ambiente literario de este país». Otro tanto aconteció aquí, de 1893 a 1898, cuando renovó el verso y aireó la mustia prosa castellana de la víspera.

El escritor que hasta 1886 sólo había publicado algunas desiguales composiciones, trasunto de sus lecturas de infancia y adolescencia, se transforma en el autor de «Azul...», libro publicado a los veintinueve años. Algo de lo que en él realiza está ya, incipientemente apuntado, en los «Abrojos» y las «Rimas», ambos de 1887. Los colegas chilenos de Darío estimularon su producción. Los investigadores chilenos de hoy la han sabido analizar concienzudamente y, además, han conseguido rehacer, sobre firmes puntales, el lapso chileno de su andariega vida. — J. M. Monner Sanz, Buenos Aires, 1940.

REVISTAS

NACIONALES

Revista Chilena de Historia y Geografía. Tomo LXXXIX. N.º 97. Julio - Diciembre, 1940. Santiago. SUMARIO: Francisco A. Encina: «Génesis de la Independencia». Eugenio Pereira Salas: «Don Mateo Arnaldo Hoevel». Aniceto Almeyda: «La constitución de la propiedad según un jurista indiano». Manuel Abascal Brunet: «Apuntes para la historia del teatro en Chile». Isafías Bowman: «Los senderos del desierto de Atacama». Notas históricas y geográficas: Antecedentes del homenaje a don José Toribio Medina. La Artártica Chilena. Cordialidad chileno-cuyana. Benjamín García Gorroño: «La demarcación arbitral en parte de la Patagonia». Néstor Meza Villalobos: «Las empresas de la conquista de América». Humberto Barrera: «Meteorología de alta montaña». Bibliografía.

Atenea. Año XVII. Tomo LXI. N.º 182. Santiago. SUMARIO: Puntos de vista (La redacción). Ricardo A. Latcham: «La literatura peruana». Fedor Ganz: «Europa». Jerónimo Lagos Lisboa: «Jorge González Bastías». Alejandro Vicuña: «Galanterías». Carlos Vattier: «Tradición Oral». Milton Rossel: «Adolescencia». Andrés Sabella: «La poesía de Rafael Alberti». Nicomedes Guzmán: «La Viruta». Félix Armando Núñez: «Un discurso». Vicente Salas Viú: «Figuras y figuraciones literarias». Diógenes: «Noticiero». El mes artístico. Notas del mes. Libros recibidos. Bibliografía.

Revista de Asistencia Social. Tomo IX. N.º 2 - 3. Junio - Septiembre, 1940. Santiago. SUMARIO: Entre otros interesantes trabajos de este nutrido número, anotamos los siguientes: El primer Congreso Latino-Americano de Hospitales. La Exposición Hospitalaria. Actas de las sesiones. Conclusiones. Lista de Delegados y adherentes extranjeros sin representación oficial. Dr. Víctor Grossi: «Hospitales de infecciosos». Dr. Isauro Torres: «Dirección técnica de los Hospitales». Dr. Enrique Laval: «El Hospital Moderno». Dr. Carlos Díez de Ciervo: «Los Hospitales en Venezuela». Clodomiro Valdivia: «Plan de construcción hospitalaria de la Dirección General de Beneficencia». Fernando Devilat: «El tipo más adecuado para un Hospital General». Dr. Ildelfonso Lira: «Necesidad de una política nacional de Hospitales». Dr. Luis Angel Ugarte: «Plan de asistencia hospitalaria que se ha trazado la Caja Nacional de Seguro Social del Perú». Drs. Enrique Pierangel y Pedro Alberto Escudero: «El servicio de alimentación del Instituto Nacional de la Nutrición de la Argentina». Drs. Arturo Vivado O., C. Larson y Víctor Arroyo: «La asistencia psiquiátrica en Chile». Fernando Sáez Vig-

neau: «Bases de la política de beneficencia desarrollada por España en las Indias».

Revista de Psiquiatría y Disciplinas Conexas. Año IV. N.º 2. Santiago.

SUMARIO: Arturo Vivado Orsini: «Tratamiento de la Esquizofrenia». Alfonso Asenjo: «Resección del simpático cervical. Epilepsia provocada y oscilaciones del potencial bioeléctrico de la corteza cerebral».

C. Larson F.: «Contribución sobre Laborterapia». A. Veloso-Waldo Iturra M.: «Hiperostosis craneanas internas». DOCUMENTOS PSICUÍATRICOS: Agustín Téllez M.: «Sobre un caso de demencia parcial». Víctor Arroyo A.: «Psicosis pelagrosa sin pelagra». LECTURAS: Libros, «Neurología» (V. Dimitri). «Neuropsiquiatría»: Pichon, E. Borel-Maisonny: «La tartamudez, su naturaleza y su tratamiento. REVISTAS «Psiquiatría». «Neurohistopatología». Bioquímica. Terapéutica. Medicina Legal (varios autores). Informaciones. Fallecimiento del Dr. René Bustos Quezada.

Babel. Año XX. Vol. II. Septiembre - Octubre, 1940. Santiago.

SUMARIO: Luis Franco: «Walt Whitman, el pionero». Ernesto Montenegro: «Oh Capitán! Mi Capitán!» (versión).

Enrique Espinoza: «La escuela de Sarmiento». E. Martínez Estrada: «Hernández y Hudson». Manuel Rojas: «Ensayo de la mañana». Ciro Alegría: «Impresión de Mariátegui». Horacio Quiroga: «El soldado» (obra póstuma). «De la poesía a la Revolución».

Boletín de la Sociedad de Biología de Concepción. Concepción (Chile). Tomo XIV. N.º 1. Septiembre, 1940.

SUMARIO: Santa Cruz, Alcibíades: «El Abate Don Juan Ignacio Molina». Solervicens, Enrique: «Algunas observaciones sobre el simpático del Calyptocephalus

Gayi». Pfister, Augusto: «Los ácidos grasos del aceite de hígado de pescada». Buvinic, Tomás: «Contribución al estudio de las glándulas salivales en los tuberculosos». Herzog, Ernesto y Sepúlveda, Humberto: «Contribución al metabolismo y a las actividades postmortales del sistema vegetativo periférico». Wilhelm, Ottmar: «Contribución al estudio de la Equinocosis en Concepción».

Bolívar. Revista Americana, (publicación bimestral) editada por la Legación de Venezuela. Santiago. Año I. N.º 2.

SUMARIO: «Natalicio del Libertador» (editorial). Discurso del Pbro. Dr. Carlos Borges. «Divagaciones sobre la sexualidad», por el Dr. Diego Carbonell.

«Tres capítulos aislados tomados de un estudio sobre los Andes venezolanos», por el Dr. Augusto Márquez Cañizales. «Visita a don Domingo Faustino», por Mariano Picón Salas. «El 19 de Abril», por el Dr. Amadoro Rangel Lamus. «Problemas económicos de Sud América. Venezuela en Chile. El 5 de Julio». Instituto Chileno-Venezolano de Cultura, Política Económica Venezolana. Notas bibliográficas.

Acción Social. Año XI. N.º 92. SUMARIO: Editorial. «Desde Santiago.

«O'Higgins a Pedro León Gallo», por Gerardo Seguel. «Hacia una política de fomento del arte popular», por Mario Rodríguez Fernández. «Un peligro para la cultura social», por Manuel Bédoya. «Cinco años al servicio del pueblo cumple la Central de Leche Santiago», por O. P. Libros y Autores, por Angel Cruchaga S. M. «Cine Experimental», por Oscar Lanas. «En defensa de la raza: medicina preventiva y servicio médico en las Escuelas rurales», por Guillermo González M. «Psicología del trabajo», por el Prof. Dr. Manuel López - Rey. «España, factor económico fundamental en la guerra de Europa», por Leopoldo Acero. Causas generadoras de los problemas médicos sociales. «La estadística y sus fuentes», por Eugenio Silva Espejo. «La fuerza que aun puede oponerse a la hegemonía mundial del Reich», por Carlos de Baraibar. «El potencial económico de Alemania», por Francisco Walker. Vacunación con B. C. G. en adultos, por los Drs. Juan Damianovic y Juan Stipicic.

Revista de Economía y Comercio, SUMARIO: Alcance y finalidades de la Ingeniería Comercial (Organo de los alumnos de la Facultad de Economía y Comercio). Año (editorial). Dr. Hermann Max: II. N.º 4 - 5. Agosto - Septiembre, 1940. Santiago. «Principios de política monetaria». Flavián J. Lawin Bowden: «Una introducción a la economía

matemática». Guillermo Gandarillas M.: «La moneda escriturada». José Vera Lamperein: «El control de los cambios». Gustavo Binder: «El comercio; su acción social y económica». Gregorio Garayar: «Introducción al curso de matemáticas financieras». Rómulo Betancourt: «Las materias primas de América Latina y la guerra mundial». Sergio Contreras Carrasco: «La fruticultura en Chile». Luis A. Osorio Riffo: «La industria pesquera en Chile». C. Keech Ludewig: «La industria latinoamericana en los últimos cincuenta años»: Informaciones de la Facultad.

Revista Dental de Chile. Año 32. SUMARIO: Editorial. La Asociación Odontológica Argentina. Nuevo pliego de informaciones e instrucciones relacionadas con las VIII Jornadas. Tercer comunicado de prensa de la Asociación Odontológica Argentina. Asociación Odontológica Argentina (Fundación). Código de Deontología y Disciplinario. Dr. Guillermo A. Bizzorero: «Alineamiento natural y armónico de los dientes anteriores en dentaduras completas». Dr. Francisco Pucci: «Parodoncia, Patología y tratamiento». «Al oído», por Car Ton. Dr. Pierre Cornéa, Estomatólogo de los hospitales de París: «Ud. debe saber que...». Dra. María Tagle: «La Asociación Femenina Chilena de Estudios Odontológicos». De nuestro ambiente, Revistas recibidas en canje.

Servicio Social. Año XIV. N.º 3. SUMARIO: René García Valenzuela: «Servicio Social Sanatorial». Olga Aguiló G.: «Impresiones de viaje». Juana Aguiló G.: «Nuevas entrevistas». (Con Elena Yávar de Inostroza). Edith Ganter: «La vivienda en relación con la higiene dental». Dr. Raúl Muñoz Inza: «Acción de la Visitadora social en pro de una mejor salud dental de nuestro pueblo». Raquel Valenzuela Cruchaga: «Casos sociales». Clotilde Carrió: «Los débiles mentales». Moisés Poblete Troncoso: «Nueva sede de la Oficina Internacional del Trabajo». Chela Cortés Jullian: «La ayuda particular como factor eficaz en el desarrollo del servicio social». Crónica.

Memorial del Ejército de Chile. SUMARIO: «El Coronel señor Año XXXIII, 2.º semestre, N.º 171. Ralph Wooten, Agregado militar de EE. Unidos». Capitán Guillermo Toledo Ortíz: «La artillería en la montaña». Teniente Coronel Frederick Wolf: «La campaña de Polonia». Coronel Guillermo Barrios T.: «El nuevo Reglamento de conducción y combate». Capitán J. B. M.: «Algo acerca del servicio de árbitros». Teniente Coronel Vicente Martínez A.: «El proceso de Riom». Mayor León Lavín U.: «La Patrona de la Artillería». Teniente Coronel en retiro P. H. B. G.: «La suerte de Grecia, la de los pueblos débiles». Teniente Coronel Luciano Julio A.: «Campos de ejercicios para las tropas». P. B. G.: «Las legiones patrióticas de Chile». Capitán Electo Pereda L.: «Indicaciones técnico-prácticas a que debe someterse la gimnasia de aplicación militar». Sección literatura militar extranjera. Sección Informativa.

EXTRANJERAS

Tierra Nueva. Revista de Letras Universitarias. Universidad Nacional Autónoma de México. Año 1. N.º 6. Noviembre - Diciembre, 1940. SUMARIO: Juan Ramón Jiménez: «Por dos hieles». Antonio Caso: «Ciencia y Libertad». Alfredo Cardona Peña: «Introducción a la Poesía». Leopoldo Zea: «La filosofía en Aristóteles».

Francisco Giner de los Ríos: «Pequeña elegía en voz baja». José Luis Martínez: «El sentido cristiano de la muerte». Bernardo Casanueva Mazo: «Poemas». Henri Brémond: «La poesía pura». Jorge González Durán: «Poemas». Manuel Alcalá: «Virgilio y Garcilaso». Arturo Echeverría Loría: «Poemas». J. P.: «Dos litografías de Raúl Anguiano. Notas. Suplemento poético: «Páramo de sueños». Alf Chumacero. Viñetas de Julio Prieto.

Revista Nacional de Cultura. SUMARIO: Marta Milinowski: N.º 23. Octubre, 1940. Caracas, Venezuela. «Teresa Carreño, por la gracia de Dios». Luciano Adam: «Lengua caribe. Del hablar de los hombres y del hablar de las mujeres en la lengua caribe». Eduardo Crema: «El drama artístico de Andrés Bello». Augusto Pí Suñer; «Los factores

substanciales de la vida». Gabriel Espinosa: «De lo real a lo subjetivo». Luis Fernando Alvarez: «Invitación al olvido». Luz Machado de Arnao: «Insomnio». Lucila Palacios: «Estampas de la tierra». Lino Novas Calvo: «Novela por hacer». Alone: «Los novelistas contemporáneos de América», de Arturo Torres Ríoseco. Luis Alberto Sánchez: «Meditación sobre el estilo». Mario de Lara: «Renacimiento de la música nacional». Pedro Emilio Coll: «Jacinto Gutiérrez - Coll». L. Cardoza y Aragón: «Jose Clemente Orozco, pintor mexicano». Samuel Barreto Peña: «La última coleada». Libros venezolanos. Libros extranjeros. Noticias. Publicaciones recibidas.

Mercurio Peruano. (Homenaje a Arequipa). Año XV. Vol. XXII. N.º 162. Agosto, 1940. Lima, Perú. SUMARIO: Víctor Andrés Berra: «Arequipa» (evocación). «Paisaje y alma de Arequipa en la visión del Perú». José Luis Bustamante y Rivero: «Arequipa (fragmento de un ensayo lírico)». César A. Rodríguez: «Nocturno del Antesueño». Jorge Basadre: «Piérola». César A. Rodríguez: «El Misti, genio tutelar de Arequipa». Luis Alayza Paz Soldán: «¡Ave Arequipa!». Manuel I. Hernández: «Saludo a Arequipa en su Cuarto Centenario». Carlos Wiesse y R.: «Actualidad internacional». Calendario. Notas bibliográficas.

Repertorio Americano. (Homenaje a Chile). Tomo XXXVII. N.º 19 - 20. 14 de Septiembre, 1940. San José, Costa Rica. SUMARIO: Alberto Baeza Flores: «Historia de un chileno» (El Excmo. señor don Pedro Aguirre Cerda). Gabriela Mistral: «Recado sobre la cordillera». Joaquín Edwards Bello: «España contra Chile». «Así se habla» (documentos de la ruptura diplomática chileno-española). Guillermo E. Feliú: «Síntesis de Chile». Pablo Neruda: «Arte Popular». Valentín Letelier: «La tradición de la Verónica». Víctor Lortz: «Chile; una carta y un artículo». Concha Meléndez: «España en el corazón de Pablo Neruda». Antonio de Undurraga: «Dos poemas». Amanda Labarca: «Amor, alba, ocaso». G. Humberto Mata: «Páralelo 53, Sur». R. Brenes Mesén: «A Chile». Pablo Neruda: «Canto general de Chile». Olga Poblete de Espinoza: «Un patriarca de Chile». Angel Cruchaga S. M.: «La montaña». Emilio Edwards: «Andrés Bello». Pedro Aguirre Cerda: «Con los jóvenes chilenos». Yolando Pino Saavedra: «El Dr. Rodolfo Lenz ha muerto». Eugenio Orrego Vicuña: «Don Samuel A. Lillo». Samuel A. Lillo: «Poesías». Nicanor Parra: «Los tres conversadores». Noticias de libros. Juan Marín: «En una estancia de la Patagonia». Norberto Pinilla: «Pintura chilena contemporánea». Gujomar: «Chile en mi recuerdo». E. Rodríguez Mendoza: «Historia viva». Juan Guzmán Cruchaga: «Tres canciones y cuatro cuentos». Samuel A. Lillo: «Roberto Brenes Mesén y Joaquín García Monge». Norberto Pinilla: «Discurso a Pablo Neruda». Pedro Prado nos recuerda. Magda Portal: «Gabriela Mistral, símbolo americano». J. García Monge: «Pienso en Chile».

Foreign Affairs. Vol. 18. N.º 4. SUMARIO: John Gunther: «Our Pacific frontier». André Géraud: «The Anglo - French Alliance».

Stephen Duggan: «The Western Hemisphere as a Haven of Peace». K. K. Kawakami: «Far Eastern Triangle». J. W. Dafoe: «The Canadian Federal System under review». A. Grenfelle Price: «Refuge Settlement in the tropics». Harold Nicolson: «Ironside». Charles André Julien: «France and Islam». Alfred von Wegerer: «The origins of this war: A German view». Percy W. Bidwell: «The battle of the Metals». Rupert Emerson: «The Dutch East Indies Adrift». Philip E. Mosely: «Iceland and Greenland: An American Problem». Robert Gale Woolbert: «Recent books on International Relations». Denys P. Myers: «Source material».

Revista Iberoamericana. Vol. II. N.º 4. Noviembre, 1940. Tulane University. New Orleans, La. Estados Unidos. SUMARIO: Editorial: «El Segundo Congreso Internacional de Catedráticos de Literatura Iberoamericana». Estudios: Baldomero Sanfín Cano: «Signos americanos, Libertad - Unidad».

John E. Englekirk: «El Hispano americanismo y la generación del 98». Juan Ramón Jiménez: «Siluetas de hispano-americanos». César Barja: «Alejandro Korn». Enrique Díaz Canedo: «Enrique González Martínez, en su plenitud». Luis Alberto Sánchez: «El paisaje en la literatura americana, elemento desconocido aunque dominante». Max Henríquez Ureña: «Las influencias francesas en la poesía hispano americana». Manuel Pedro González: «Hombres en soledad, de Manuel Gálvez. Fernando Díez de Medina: «Scopas, tragedia lírica de Franz Tamayo». J. F. Normand: «Las ideas políticas de Rubén Darío». Gilberto González Contreras: «Geografía política de Alberto Hidalgo». Ruth Sievers Thomas: «Las fuentes de las tradiciones peruanas de Ricardo Palma». John A. Crow: «Historiografía de la Literatura Iberoamericana». Reseñas de libros: Esther J. Crooks y otros: «Luz que flota en el olvido», por Carlos García Prada. Esperanza Figueroa: «Crítica y estimación por Luis Emilio Soto». Estudios Latinos, por José Tarnassi. Carlos García Prada: «Goethe. La ley de su vida», por Gerhard Mazur; y muchas otras notas sobre libros, entre ellas, una de James O. Swain, de la Universidad de Tennessee, Knoxville, sobre la obra: «Rubén Darío. Obras escogidas publicadas en Chile», por Luis Saavedra Molina y Erwin K. Mapes, edición de la Universidad de Chile, que reproducimos en la Sección respectiva.

Revista Cubana. Vol. XIII. N.º 37 - 42. La Habana, Cuba. SUMARIO: Karl Vossler: «Poesía de la soledad en España». Ramón Gómez de la Serna: «Inconsciencia y escueta realidad».

Raimundo Lida: «El poeta del Martín Fierro». Emeterio S. Santovenia: «Sarmiento y sus amigos cubanos». Medardo Vitier: «Las doctrinas filosóficas en Cuba». Libros, Hechos y Comentarios,

Universidad. (Publicación de la Universidad del Litoral). Santa Fe, Rep. Argentina.

1890 - 1920 - 1940). Rafael Bielsa: «Algunas reflexiones que sugiere el actual momento universitario». Roque A. Izzo: «La Universidad y el medio en la Argentina». Cortés Plá: «Origen y propósitos del Instituto de Matemáticas». Julio Rey Pastor: «La obra científica del Profesor José Levi». Beppo Levi: «Evolución del pensamiento matemático». «El Instituto Social de la Universidad del Litoral». Angel J. Nigro: «La Escuela Industrial de la Nación en Santa Fe». Rodolfo Rouzaut: «La Ingeniería Química». Teodosio D'Andrea: «El Instituto de Experimentaciones Agropecuarias». Vicente D. Ibarra: «La Escuela de Administradores Rurales, a través de los 20 años de su existencia». Horacio Damianovich: «El Instituto de Investigaciones Científicas y Tecnológicas». Francisco Amato Agoglia: «El espíritu universitario». Domingo Dallanese: «La enseñanza científica y la realidad económica». Esteban Isern: «La Escuela de Comercio anexa a la Facultad de Ciencias Económicas de Rosario». Rafael Bielsa: «Juicio Esquemático sobre la Universidad del Litoral». Mario A. Rizzotto: «Expresión de anhelos estudiantiles en la fiesta de la Universidad». Domingo Buonocore: «La biblioteca de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales». Crónica de los actos de homenaje. Adhesiones al homenaje.

SUMARIO: (Homenaje en el quincuagésimo aniversario de la Universidad de Santa Fe y vigésimo de la Universidad del Litoral;

Revista Universitaria. (Órgano de la Universidad del Cuzco). Año XXIX. N.º 79. 2.º semestre, 1940. Cuzco, Perú.

Acta de fundación de Villa Hermosa en el valle de Arequipa. Dr. Alfredi Yépez Miranda: «Dos escritoras arequipeñas». Dr. César Varga C.: «Formaciones vegetales del Departamento de Arequipa». Dr. Alfredo Yépez: «La muerte de la emoción». Dr. Alfredo Yépez: «El tesoro del poeta». Dr. Antonio Lorena: «Las nevadas en Arequipa». Dr. A. Lorena: «Los terrales en Arequipa». Dr. Eulogio Tapia Olarte: «La influencia clásica en Melgar». Dr. J. Gabriel Cosío: «Don Juan Manuel Polar». Un capítulo de «Los Comentarios Reales de los Incas del Inca Garcilaso de la Vega». «El Inca Mayna Kapac y la fundación incaica de Arequipa». Dr. Julián Santisteban Ochoa: «La muerte de Salaverry en Arequipa». Dr. Luis Felipe Paredes: «A Arequipa». Dr. Jorge Cornejo Bouroncle: «Arequipa». Dr. J. Uriel García: «La caverna de la nacionalidad». Dr. Abraham Vizcarra Rozas: «Melgar» (poema). Dr. Miguel Ángel Delgado Vivanco: «Don Felipe Waman Puma». Jorge Cornejo Bouroncle: «Bolívar en la capital de los Incas». Dr. Miguel Ángel Nieto: «El tratado de Paucarpata». Dr. José G. Callo: «La Educación en la República». Personal docente y administrativo de la Universidad.

SUMARIO: (El número está dedicado al IV Centenario de la fundación española de la ciudad de Arequipa). Rector, Dr. David Chaparro: «Saludemos a Are-

Universidad de Antioquía. N.º 41. **SUMARIO:** Julio Enrique Blanco - Agosto, 1940. Medellín. Colombia. co: «De París a Egipto y Palestina». Diario de viaje de un filósofo. Alfonso Fco. Ramírez:

«Feminismo». Jorge Velásquez Toro: «Algunos aspectos de la producción y el comercio internacional colombiano». Juan Marín: «Notas Asiáticas. Hacia el Cambodge». Humberto Jaramillo Angel: «Por los cuentos de Hoffman». Roberto Jaramillo: «Monografías botánicas. El Ají». Rafael Caneva: «Indo - euro - americanismo». Hernando Agudelo Villa: «Santander, magistrado». Comentarios sobre libros, por Abel García Valencia. Vida Universitaria. Libros recibidos.

Revista de Neuro - Psiquiatría. **SUMARIO:** Honorio Delgado: Tomo III. N.º 3. Lima, Perú. «Psicología general y psicopatología de la inteligencia». Carlos Gutiérrez - Noriega: «Significado de los dibujos en la historia de un esquizofrénico». J. O. Trelles y Jorge Lazarte: «Cisticercosis cerebral. Estudio clínico, histopatológico y parasitológico». Noticia de libros. Revista de Revistas.

Universidad de San Francisco Xavier. N.º 23. Tomo VII. Sucre, Bolivia. **SUMARIO:** Jaime Mendoza: «La Universidad de Charcas y la idea revolucionaria». Vicente Donoso Torres: «La instrucción secundaria en Bolivia». Rafael Chávez Ortíz: «La reforma educacional en Bolivia». José Romero Loza: «Vinculaciones argentino-bolivianas». Alberto Echazú: «Un esquema de la teoría del psico - análisis». Prof. Dr. Gumersindo Sayago: «Epidemiología general de la tuberculosis (en especial del punto de vista sudamericano)». Prof. Dr. Franz Wenger: «La patología geográfica, una nueva rama de las ciencias médicas». Germán Mendoza: «La depreciación monetaria en Bolivia». Luis Urriola-goitia: «Primera Exposición Boliviana del libro antiguo, Discurso inaugural». Primera exposición Boliviana del Libro Antiguo, Catálogo». Rafael García Rosquellas: «¿Cómo componer una oración para el niño de las escuelas bolivianas?». Bibliografía. Documentos universitarios. Hechos y Comentarios. Índice del tomo VII.

Sur. N.º 70. Julio, 1940. Buenos Aires. R. A. **SUMARIO:** Benjamín Fondane: «En las ribéras del Iliso». Eduardo Mallea: «Un bien pensante». Roger Caillois: «Defensa de la República». Héctor Hugh Munro: «Sredni Vashtar». Notas. Los Libros, por José Luis Borges, Ana M. Berry y Leonardo Anfossi. Música. Arthur Lourié: «De la forma musical». Crítica de arte. Julio E. Payró: «Victor Delhez». Aguas fuertes de Rembrandt y grabados de Dürero. Alvarez de Sotomayor. Cinematógrafo. Victoria Ocampo: «The Grapes of Wrath». Calendario.

Revista Mexicana de Sociología. **SUMARIO:** Dr. Miguel E. Bustamante: «El servicio médico social de la Universidad». Valentín Feldman: «El problema de las clases medias en la U. R. S. S.». Al-

fonso Quiróz Cuarón. Lic. René Barragán: «Ensayo de una determinación sociológica del Derecho». Roberto de la Cerda Silva: «Los Mixes». André Joussain: «Las crisis de la civilización». De la Exposición Etnográfica de la Universidad Nacional. Rafael Heliodoro Valle: «Documentos de la sociología en Hispano-América». Notas Bibliográficas.

Revista Bimestre Cubana. Vol. XLVI. N.º 3. Habana, Cuba. SUMARIO: Manuel Bisbe: «Bolívar, destino de América». J. Antonio Ramos: «Epítome de Biblioteconomía». Luis Martínez: «Cartas inéditas de próceres cubanos». Rafael Estenger: «Cubanidad y derrótismo». Ricardo Riaño Jauma: «Lisandro de la Torre». Luis M. Hacker: «La guerra santa de 1898». Miguel S. Molho: «Matrimonios sefardíes de ayer». Gustavo Adolfo Mejía: «Heredia y sus obras» (conclusión). Informaciones. Libros en revista. Índice del tomo XLVI.